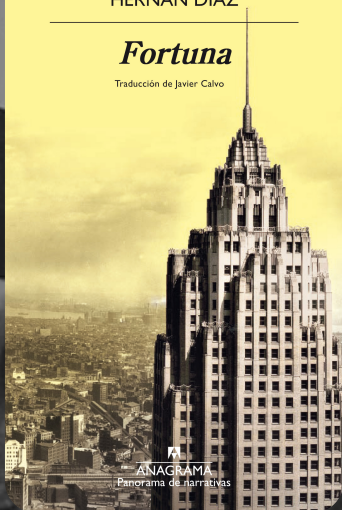


 **La Escalera**
Lugar de lecturas

HERNÁN DÍAZ

Fortuna

Traducción de Javier Calvo



COMIENZA A LEER...

**HERNÁN
DÍAZ**

Obligaciones

Una novela



por

HAROLD VANNER

UNO

Como desde su nacimiento había disfrutado de casi todas las ventajas posibles, uno de los pocos privilegios que le estaban vedados a Benjamin Rask era el del ascenso del héroe: la suya no era una historia de resiliencia y perseverancia, ni la crónica de una voluntad inquebrantable que le había forjado un destino del más noble de los metales a partir de poco más que escoria. Según la contraportada de la Biblia familiar de los Rask, en 1662 los antepasados de su padre migraron de Copenhague a Glasgow, donde empezaron a importar tabaco de las Colonias. Durante el siglo siguiente, su negocio prosperó y se expandió hasta el punto de que parte de la familia se trasladó a América para supervisar mejor a sus proveedores y controlar todos los aspectos de la producción. Tres generaciones más tarde, el padre de Benjamin, Solomon, compró las acciones de todos sus parientes y de los inversores externos. Dirigida ya solo por él, la compañía siguió floreciendo, y Solomon no tardó en convertirse en uno de los tratantes de tabaco más importantes de la Costa Este. Quizás fuera cierto que sus productos provenían de los mejores plantadores del continente, pero más que en la calidad de su mercancía, la clave del éxito de Solomon estaba en su capacidad para sacar partido de un hecho obvio: por supuesto, el tabaco tenía un lado epicúreo, pero la mayoría de los hombres fumaban para poder conversar con otros hombres. Solomon Rask, por consiguiente, no solo era proveedor de los mejores puros y mezclas para pipa, sino también (y por encima de todo) de excelentes conversaciones y conexiones políticas. Ascendió a la cumbre de su profesión y se afianzó allí gracias a su sociabilidad y a las amistades cultivadas en el salón de fumadores, donde a menudo se lo veía compartiendo uno de sus *figurados* con sus más

distinguidos clientes, entre los cuales se contaban Grover Cleveland, William Zachary Irving y John Pierpont Morgan.

En el punto más alto de su éxito, Solomon se construyó una casa en la calle 17 Oeste, que estuvo terminada a tiempo para el nacimiento de Benjamin. Sin embargo, se lo veía muy poco por la residencia familiar de Nueva York. Su trabajo lo llevaba de una plantación a otra, y siempre estaba supervisando casas de curado o visitando a socios comerciales en Virginia, Carolina del Norte y el Caribe. Incluso poseía una pequeña hacienda en Cuba, donde pasaba la mayor parte de los inviernos. Los rumores acerca de su vida en la isla le valieron una reputación de aventurero con gusto por lo exótico, lo cual era una ventaja en su línea de negocio.

La señora Wilhelmina Rask nunca llegó a poner un pie en la finca de su marido en Cuba. También ella pasaba largos periodos ausente de Nueva York, de la que, en cuanto regresaba Solomon, se marchaba para alojarse temporadas enteras en las casas de veraneo que tenían sus amigas en la ribera este del Hudson, o en sus mansiones de Newport. Lo único que compartía visiblemente con Solomon era la pasión por los cigarros, de los que era fumadora compulsiva. Como se trataba de un placer muy poco común en una dama, solo se entregaba a él en privado, en compañía de sus amigas. Pero eso no le suponía ningún impedimento, dado que siempre estaba rodeada de ellas. Willie, como la llamaban sus allegados, formaba parte de un grupo muy unido de mujeres que parecía constituir una tribu nómada. No solo eran de Nueva York, sino también de Washington, Philadelphia, Providence, Boston, y hasta de Chicago. Se movían en manada, visitando las residencias y casas de veraneo de las demás según las estaciones: la casa de la calle 17 Oeste se convertía en la morada del grupo unos meses al año, a partir de finales de septiembre, cuando Solomon se marchaba a su hacienda. Aun así, daba igual en qué parte del país residieran las señoras en aquel momento, el clan nunca dejaba de formar un círculo impenetrable.

Confinado la mayor parte del tiempo en su habitación y en las de las ayas, Benjamin solo tenía una vaga noción del resto de la casa de piedra rojiza de su infancia. Cuando estaba su madre con sus amigas, no se le permitía acceder a las habitaciones donde fumaban, jugaban a los naipes y

bebían Sauternes hasta bien entrada la noche. Cuando no se quedaban allí, los pisos principales se convertían en una sucesión en penumbra de postigos cerrados, muebles cubiertos y arañas envueltas en mortajas esféricas. Todas sus ayas e institutrices consideraban que era un niño modelo, y todos sus instructores lo confirmaban. Jamás se habían combinado modales, inteligencia y obediencia de forma tan armoniosa como en aquel niño encantador. El único defecto que le pudieron encontrar a Benjamin algunos de sus primeros mentores, después de mucho buscarlo, era la reticencia que mostraba a relacionarse con otros niños. Cuando uno de sus tutores atribuyó la falta de amigos de su alumno al miedo, Solomon le restó importancia al asunto y afirmó que lo único que pasaba era que el niño se estaba haciendo un hombre independiente.

Su crianza solitaria no lo preparó para el internado. Durante el primer trimestre, fue objeto de humillaciones y pequeñas crueldades a diario. Con el tiempo, sin embargo, sus compañeros de clase descubrieron que su impasibilidad lo convertía en una víctima poco satisfactoria y terminaron por dejarlo en paz. No se relacionaba con los demás y sus resultados eran desapasionadamente excelentes en todas las asignaturas. Al final de cada año académico, tras otorgarle todos los honores y distinciones disponibles, todos sus profesores le recordaban sin falta que estaba destinado a reportarle una gran gloria a la Academia.

En su último año de internado, su padre murió de un fallo cardíaco. Cuando volvió a Nueva York para el servicio religioso, tanto parientes como conocidos se quedaron impresionados ante la compostura de Benjamin, pero la verdad era que el luto solo le había otorgado una forma socialmente aceptable a la disposición natural de su carácter. En un despliegue de gran precocidad que desconcertó a los abogados y banqueros de su padre, el muchacho solicitó examinar el testamento y los estados de todas las cuentas asociadas a él. El señor Rask había sido un hombre ordenado y concienzudo, y su hijo no encontró defecto alguno en la documentación. Concluido aquel asunto, y sabiendo ya qué podía esperar cuando alcanzara la mayoría de edad y entrara en posesión de su herencia, Benjamin regresó a New Hampshire para terminar sus estudios.

Su madre pasó su breve viudez en Rhode Island con sus amigas. Llegó allí en mayo, poco antes de la graduación de Benjamin, y a finales de verano ya había muerto de un enfisema. Los familiares y amigos que asistieron a aquel segundo y mucho más apagado funeral apenas supieron qué decirle al joven, que había quedado completamente huérfano en el espacio de unos pocos meses. Por suerte, había muchas cuestiones prácticas que discutir: fideicomisos, albaceas y las dificultades legales que entrañaba liquidar el patrimonio.

La experiencia de Benjamin en la universidad fue un eco amplificado de sus años de colegial. Tenía las mismas deficiencias y talentos, pero ahora daba la impresión de haber desarrollado una especie de afecto frío hacia las primeras y un desprecio silencioso por los segundos. Algunos de los rasgos más destacados de su linaje parecían haber tocado a su fin con él. No podía parecerse menos a su padre, que en cuanto entraba en una habitación hacía que todos los que la ocupaban gravitaran en torno a él, y tampoco tenía nada en común con su madre, que seguramente jamás había pasado un día de su vida sola. Aquellas discrepancias con sus padres se acentuaron todavía más después de su graduación. Volvió a la ciudad desde Nueva Inglaterra y fracasó allí donde la mayoría de sus conocidos prosperaban: era inepto en el deporte, apático en sociedad, poco entusiasta en el beber, indiferente en el juego y desapasionado en el amor. Le debía su fortuna al tabaco y ni siquiera fumaba. Quienes lo acusaban de frugalidad excesiva no entendían que, en verdad, carecía de apetitos que reprimir.



El negocio del tabaco no le podía interesar menos a Benjamin. Le desagradaban tanto el producto —esas caladas y volutas tan primitivas, la fascinación salvaje por el humo, el hedor agri dulce de las hojas podridas— como la sociabilidad de los fumadores, que tanto había gustado a su padre y que tan bien había explotado. Nada lo asqueaba más que las neblinosas complicidades del salón de fumar. A pesar de sus esfuerzos más sinceros, no lograba defender, con nada parecido a la pasión, las virtudes de un puro lonsdale frente a un diadema, y era incapaz de ensalzar, con ese vigor que únicamente puede conferir el conocimiento de primera mano, los robustos de su finca de Vuelta Abajo. Las plantaciones, las casas de curación y las fábricas de puros pertenecían a un mundo remoto que no le interesaba conocer. Habría sido el primero en admitir que era un embajador espantoso de la empresa, y por tanto delegaba las operaciones diarias en el gerente que había trabajado fielmente a las órdenes de su padre durante dos décadas. Y fue contraviniendo el consejo de ese gerente que Benjamin, a través de unos agentes a los que no conocía en persona, vendió a la baja la hacienda de su padre en Cuba y todo lo que contenía, sin siquiera hacer inventario. Su banquero invirtió las ganancias en bolsa, junto con el resto de sus ahorros.

Pasaron unos cuantos años de estancamiento, durante los cuales hizo intentos poco entusiastas de empezar colecciones diversas (de monedas, de porcelana, de amigos), coqueteó con la hipocondría, intentó desarrollar una pasión por los caballos y fracasó en su intento de convertirse en *dandy*.

El tiempo se volvió un incordio constante.

Contra sus inclinaciones verdaderas, se puso a planear un viaje a Europa. Todo lo que le interesaba del Viejo Continente ya lo había

aprendido en los libros: experimentar aquellas cosas y lugares no era importante para él. Y tampoco le atraía mucho verse confinado en un barco en compañía de desconocidos durante días y días. Pese a todo, se dijo a sí mismo que si alguna vez había de ir, aquel era el momento oportuno: la atmósfera general de Nueva York era de lo más lúgubre como resultado de una serie de crisis financieras y de la recesión económica resultante que se había tragado al país ya hacía dos años. Como aquella caída no lo afectaba de forma directa, Benjamin solo conocía muy vagamente sus causas: todo había empezado, creía recordar, con el estallido de la burbuja ferroviaria, que de alguna manera había llevado a la posterior caída de la plata, que había hecho que, a continuación, le llegara su turno al oro, lo cual derivó en numerosas quiebras bancarias que pasaron a ser conocidas como el Pánico de 1893. Independientemente de cuál hubiera sido la secuencia de acontecimientos, Benjamin no estaba preocupado. Tenía la convicción general de que los mercados subían y bajaban, y no le cabía duda de que las pérdidas de hoy serían las ganancias de mañana. En vez de disuadirlo de su expedición a Europa, la crisis financiera —la peor desde la Gran Depresión de dos décadas atrás— fue uno de los mayores incentivos que encontró para marcharse.

Cuando Benjamin ya estaba a punto de ponerle fecha a su viaje, su banquero lo informó de que, aprovechándose de ciertos «contactos», había podido suscribirse a unos bonos emitidos para restaurar las reservas de oro del país, cuyo agotamiento había llevado a la insolvencia a tantos bancos. La emisión entera se había vendido en apenas media hora, y en menos de una semana Rask ya había cosechado unos beneficios considerables. Así pues, la suerte inesperada, en forma de cambios políticos y fluctuaciones de mercado favorables, llevó al crecimiento repentino y en apariencia espontáneo de la ya respetable herencia de Benjamin, que él nunca se había esforzado por acrecentar. En cuanto el azar lo hizo por él, sin embargo, descubrió un ansia en su corazón cuya existencia no había sospechado hasta que recibió un cebo lo bastante grande como para despertarla. Europa iba a tener que esperar.

El capital de Rask se encontraba en las conservadoras manos de J.S. Winslow & Co., la gestoría que siempre había llevado los negocios

familiares. La empresa, fundada por uno de los amigos de su padre, estaba ahora en manos de John S. Winslow junior, que había intentado sin éxito trabar amistad con Benjamin. En consecuencia, el trato entre ambos jóvenes era un tanto incómodo. Pese a todo, tenían una relación profesional estrecha, aunque la mantuvieran a través de mensajeros o por teléfono, dos métodos que Benjamin prefería a los redundantes y trabajosamente sociales encuentros cara a cara.

Pronto, Benjamin dominó el arte de leer la cinta de cotizaciones, de encontrar patrones, trazar intersecciones y descubrir vínculos causales entre tendencias en apariencia inconexas. Winslow, consciente de que su cliente estaba aprendiendo deprisa, hizo que todo pareciera más hermético de lo que en realidad era e hizo caso omiso de sus predicciones. Aun así, Rask empezó a decidir por sí mismo, por lo general en contra de los consejos del bufete. Lo atraían las inversiones a corto plazo y dio instrucciones a Winslow para que comprara opciones, futuros y otros instrumentos especulativos de alto riesgo. Winslow siempre le pedía cautela y protestaba contra aquellos planes temerarios: se negaba a poner a Benjamin en una posición donde pudiera perder su capital con negocios arriesgados. Pero más que los bienes de su cliente, lo que parecía preocupar a Winslow eran las apariencias, y su deseo era siempre mostrar cierto decoro financiero: a fin de cuentas, como dijo una vez, riéndose falsamente de su propio ingenio, él era tenedor de libros, no corredor de apuestas, y estaba a cargo de una empresa financiera, no de un casino. Había heredado de su padre la reputación de encontrar inversiones seguras, y estaba decidido a honrar aquel legado. Con todo, al final siempre terminaba siguiendo las instrucciones de Rask y quedándose con su comisión.

En menos de un año, cansado de su parsimonioso y mojigato gestor, Rask decidió empezar a realizar operaciones mercantiles por su cuenta y despidió a Winslow. Romper sus lazos con la familia que tan estrecha relación había mantenido con la suya durante dos generaciones solo acrecentó la satisfacción genuina que Rask había experimentado, por primera vez en su vida, al tomar las riendas de sus negocios.



Las dos plantas inferiores de su casa se convirtieron en sus oficinas improvisadas. La transformación no fue fruto de un plan, sino el resultado de tener que afrontar una necesidad imprevista tras otra, a medida que surgían, hasta que, de forma inesperada, ya contaba con algo parecido a un espacio de trabajo lleno de empleados. Empezó con un mensajero, a quien Benjamin mandaba a recorrer la ciudad con certificados de acciones, bonos y otros documentos. Al cabo de unos días, el muchacho le hizo saber que necesitaba ayuda. Además de un mensajero adicional, Benjamin contrató a una telefonista y a un secretario, que pronto le informó de que tampoco se las podía arreglar solo. Tratar con sus empleados le estaba quitando un tiempo que era vital para su negocio, de manera que Benjamin contrató a un asistente. Y como llevar la contabilidad simplemente se había vuelto demasiado trabajoso, se hizo con los servicios de un contable. Para cuando su asistente trajo a un asistente, Rask perdió la cuenta de los nuevos empleados y dejó de molestarse en recordar la cara y el nombre de nadie.

Ahora las secretarias y los recaderos movían de forma irreverente los mismos muebles que se habían pasado años intactos y cubiertos con sábanas. En la mesa de servicio de nogal se instaló un ticker bursátil; la mayor parte del empapelado con motivos florales repujados en oro quedó cubierto de pizarras llenas de información financiera; montones de periódicos habían ensuciado de tinta el terciopelo amarillo pajizo de un canapé; una máquina de escribir había dejado una muesca en un secreter de madera satinada; tinta negra y roja manchaba la tapicería bordada de los divanes y los sofás; los cigarrillos habían quemado los bordes sinuosos de un escritorio de caoba; las idas y venidas apresuradas habían llenado de

arañazos las patas de garra de roble y estropeado, para siempre, las alfombras persas. Las habitaciones de sus padres permanecieron intactas. Él dormía en el piso de arriba, que de niño ni siquiera había visitado.

No le costó encontrar comprador para la empresa paterna. Benjamin animó a un fabricante de Virginia y a una sociedad mercantil del Reino Unido a que pujaran entre sí. Deseoso de distanciarse de aquella parte de su pasado, le alegró ver como los británicos se imponían en la puja, lo cual mandaba a la compañía tabacalera de vuelta a casa. Pero lo que más lo satisfizo fue que, con los beneficios de aquella venta, pasó a poder trabajar en un plano superior, gestionar un nuevo nivel de riesgo y financiar transacciones a largo plazo que en el pasado ni siquiera se habría podido plantear. Quienes lo rodeaban veían con perplejidad como sus posesiones se reducían de forma directamente proporcional al crecimiento de su riqueza. Vendió todas las propiedades que le quedaban a la familia, incluyendo la casa de la calle 17, y todo lo que había en ellas. Su ropa y sus papeles cupieron en dos baúles que se enviaron al Hotel Wagstaff, donde reservó una *suite*.

Le fascinaban las contorsiones del dinero: que se lo pudiera obligar a doblarse sobre sí mismo para forzarlo a comerse su propio cuerpo. La naturaleza aislada y autosuficiente de la especulación apelaba a su carácter y constituía motivo de asombro y un fin en sí mismo, con independencia de lo que representaran o le proporcionaran sus ganancias. El lujo era un vulgar engorro. El acceso a nuevas experiencias no era algo que su espíritu monacal anhelara. La política y el deseo de poder no desempeñaban papel alguno en su mente antisocial. Los juegos de estrategia, como el ajedrez o el *bridge*, no le habían interesado nunca. Si se lo hubieran preguntado, seguramente le habría costado explicar qué era lo que lo atraía del mundo de las finanzas. Era su complejidad, sí, pero también el hecho de que Benjamin consideraba el capital un ser vivo de existencia aséptica. Se mueve, come, crece, se reproduce, enferma y puede morir. Pero es limpio. Eso le fue quedando claro con el paso del tiempo. Cuanto mayor era la operación, más lejos estaba él de sus detalles concretos. No le hacía falta tocar un solo billete ni relacionarse con las cosas y la gente a las que su transacción afectaba. Lo único que tenía que hacer era pensar, hablar y

quizás escribir. Y el ser vivo se ponía en marcha, dibujando hermosos patrones de camino a una abstracción cada vez mayor, y a veces siguiendo unos apetitos propios que Benjamin jamás se habría esperado: eso le proporcionaba a él un placer adicional, el hecho de que la criatura intentara ejercer su libre albedrío. La admiraba y la entendía, incluso cuando lo decepcionaba.

Benjamin apenas conocía el downtown de Manhattan: lo justo para que le desagradaran sus cañones de edificios y sus inmundos callejones llenos de hombres de negocios pavoneándose, ocupados en exhibir lo ocupados que estaban. Pese a todo, como entendía la conveniencia de estar en el Distrito Financiero, trasladó sus oficinas a la calle Broad. Poco después, a medida que se ampliaban sus intereses, consiguió un asiento en la Bolsa de Nueva York. Sus empleados no tardaron en darse cuenta de que le tenía la misma aversión al dramatismo que a los arranques de euforia. Las conversaciones, reducidas a sus elementos esenciales, tenían lugar en voz baja. Si había algún remanso en el ruido de las máquinas de escribir, se podía oír desde la otra punta de la sala el crujido de una butaca de cuero o el susurro de una manga de seda sobre un papel. Aun así, unas ondas silenciosas trastornaban constantemente la atmósfera. Todos sus empleados tenían claro que eran simples extensiones de la voluntad de Rask, y que era su deber satisfacer sus necesidades e incluso anticiparse a ellas, pero jamás plantearle las suyas. A no ser que tuvieran información vital que transmitirle, esperaban a que él les hablara. Trabajar para Rask se convirtió en la ambición de muchos jóvenes agentes de bolsa, pero en cuanto se desvinculaban de él, convencidos de haber absorbido todo lo que podían aprender, ninguno de ellos era capaz de replicar del todo el éxito de su antiguo patrón.

Muy a su pesar, su nombre empezó a pronunciarse con admiración reverencial en los círculos financieros. Algunos viejos amigos de su padre acudieron a él proponiéndole negocios que a veces aceptaba y dándole consejos que siempre rechazaba. Comerció con oro y con guano, con divisas y con algodón, con bonos y con carne. Sus intereses ya no se limitaban a los Estados Unidos. Inglaterra, Europa, Sudamérica y Asia se convirtieron para él en un territorio unificado. Inspeccionaba el mundo

desde su oficina en busca de audaces préstamos con alto interés y negociaba con los valores gubernamentales de una serie de naciones cuyos destinos se entretejían de forma inextricable gracias a sus actividades. A veces incluso se las ingeniaba para quedarse con emisiones enteras de bonos para él solo. A sus escasas derrotas les seguían grandes triunfos. Todos los que estaban en su lado de las transacciones prosperaban.

En aquello que, cada vez más y en contra de su voluntad, se estaba convirtiendo en el «mundo» de Benjamin, no había nada que llamara más la atención que el anonimato. Aunque nunca le llegaran las habladurías, Rask —con su apariencia impecablemente anodina, sus hábitos abstemios y su vida monástica en el hotel— era consciente de que lo debían de considerar una especie de «personaje». Mortificado por la idea de que lo tuvieran por excéntrico, decidió cumplir con lo que se esperaba de un hombre de su posición. Se construyó una mansión de piedra caliza estilo *beaux arts* en la Quinta Avenida con la calle 62 y contrató a Ogden Codman para que se la decorara, convencido de que su talento ornamental sería publicitado en todas las páginas de sociedad. Una vez terminada la casa, intentó celebrar un baile, pero en última instancia no fue capaz: renunció al entender, mientras trabajaba en la lista de invitados con una secretaria, que los compromisos sociales siempre se multiplican de forma exponencial. Se unió a diversos clubes, comités, organizaciones benéficas y asociaciones, en los que apenas se lo veía. Y todo esto lo hizo a su pesar. Pero le habría desagradado todavía más que lo consideraran una persona «original». Al final se convirtió en un hombre rico que representaba el papel de hombre rico. El hecho de que sus circunstancias coincidieran con su disfraz no lo hizo sentirse mejor.



Nueva York rebosaba de ese bullicioso optimismo de quienes creen haberse adelantado al futuro. Por supuesto, Rask se había beneficiado de aquel crecimiento vertiginoso, pero para él se trataba de un acontecimiento estrictamente numérico. No se sentía obligado a viajar en las líneas del metro que se acababan de inaugurar. Había visitado algunos de los muchos rascacielos que se estaban levantando por toda la ciudad, pero nunca se le había ocurrido trasladar sus oficinas a uno de ellos. Veía los automóviles como una molestia, tanto en las calles como en las conversaciones. (Los coches se habían convertido en un tema recurrente y, para él, infinitamente tedioso, del que no paraban de hablar sus empleados y socios). Siempre que podía, evitaba cruzar los puentes que unían las distintas partes de la ciudad, y no podían importarle menos las multitudes de inmigrantes que desembarcaban a diario en Ellis Island. Casi todo lo que pasaba en Nueva York lo vivía a través de la prensa, y, sobre todo, a través de la cinta de cotizaciones. Aun así, pese a su visión particular de la ciudad (que algunos podrían calificar de estrecha de miras), incluso él podía ver que, aunque las fusiones y consolidaciones habían causado que la riqueza se concentrara en un puñado de corporaciones de magnitud inédita, lo irónico era que reinaba un sentimiento colectivo de éxito. La envergadura de aquellas nuevas empresas monopolísticas, unas cuantas de las cuales valían más que todo el presupuesto del gobierno, era la prueba de la manera tan desigual en que se había repartido el pastel. Aun así, la mayoría de la población, fueran cuales fueran sus circunstancias, estaba convencida de que formaba parte del éxito económico, o de que lo haría pronto.

Luego, en 1907, Charles Barney, presidente de la Knickerbocker Trust Co., se implicó en un plan para acaparar el mercado del cobre. El intento fracasó, y se llevó por delante una mina, dos corredurías y un banco. Poco después, se anunció que dejaban de aceptarse los cheques de la Knickerbocker. Durante los días siguientes, el National Bank of Commerce se dedicó a atender las peticiones de los depositantes, hasta que Barney no tuvo más remedio que cerrar las puertas y, al cabo de un mes, pegarse un tiro en el pecho. La quiebra de la Knickerbocker desató el pánico en los mercados. La demanda masiva causó una insolvencia generalizada, la bolsa se hundió, las corredurías se declararon en bancarota, se exigió la devolución de los préstamos, las compañías fiduciarias se declararon insolventes y los bancos comerciales quebraron. Las ventas se paralizaron. La gente se amontonaba en Wall Street y exigía retirar sus depósitos. Escuadrones de la policía montada cabalgaban calle arriba y calle abajo intentando mantener el orden público. Ante la ausencia de dinero en efectivo, los tipos de interés de las operaciones a la vista se pusieron por las nubes, y en cuestión de días rebasaron el 150 por ciento. Se trajeron cantidades enormes de lingotes en barco desde Europa, pero ni siquiera aquellos millones que surcaron el Atlántico bastaron para paliar la crisis. Mientras se desplomaban los cimientos mismos del crédito, Rask, que contaba con reservas abundantes de dinero en metálico, empezó a sacar provecho de la falta de liquidez. Sabía qué empresas afectadas por el pánico eran lo bastante fuertes como para resistir a él, y se hizo con acciones a precios ridículamente devaluados. En muchos casos, sus estimaciones iban un paso por delante de las de los hombres de J.P. Morgan, que a menudo entraban en tromba después de Rask, haciendo subir el precio de los valores. De hecho, en mitad de la tormenta, recibió una nota de Morgan que mencionaba a su padre («Los *maduros* de Solomon fueron los mejores que fumé en mi vida») y lo invitaba a departir en su biblioteca con algunos de sus colaboradores de más confianza, «para contribuir a salvaguardar los intereses de nuestra nación». Rask rechazó la invitación sin ofrecer excusa alguna.

Rask tardó un tiempo en orientarse en las nuevas alturas a las que había ascendido después de la crisis. Allí donde iba, lo rodeaba un halo

resonante. No había momento en que no sintiera un zumbido entre el mundo y él. Y notaba que los demás también lo sentían. Su rutina visible permanecía inalterada: hacía vida en su casa prácticamente vacía de la Quinta Avenida y, desde allí, mantenía la ilusión de puertas afuera de que llevaba una intensa vida social, aunque en realidad esta se limitaba a unas cuantas apariciones en los eventos donde creía que su presencia fantasmal resultaría más impactante. Con todo, el éxito que tuvo mientras cundió el pánico lo había convertido en una persona distinta. Lo verdaderamente sorprendente, hasta para él mismo, era que había empezado a buscar señales de reconocimiento en todo aquel con el que se cruzaba. Estaba ansioso por confirmar que la gente percibía aquel zumbido que lo envolvía, aquel temblor, la cosa misma que lo separaba de los demás. Por paradójico que fuera, ese deseo de confirmar la distancia que lo alejaba de los otros era una forma de comunión con ellos. Y esa era una sensación nueva para él.

Como ya le resultaba imposible tomar todas las decisiones relativas a sus negocios, Rask se vio obligado a desarrollar una relación estrecha con un joven de su oficina. Sheldon Lloyd, que había ascendido por las filas de la empresa hasta convertirse en su asistente de confianza, realizaba la criba de las cuestiones diarias que exigían la atención de Rask y solo permitía que llegaran a su mesa las realmente importantes. También se hacía cargo de varias de las reuniones diarias: su patrón solo se unía a él cuando era necesaria una demostración de fuerza. En más de un sentido, Sheldon Lloyd encarnaba la mayoría de los aspectos del mundo financiero que Benjamin detestaba. Para Sheldon, igual que para el grueso de la población, el dinero era un simple medio para hacer cosas. Lo gastaba. Compraba cosas. Casas, vehículos, animales, pinturas. Hablaba ostentosamente de ellas. Viajaba y organizaba fiestas. Llevaba la riqueza en el cuerpo: la piel le olía distinto cada día; sus camisas no estaban planchadas, sino que eran siempre nuevas; sus abrigos relucían casi tanto como su pelo. Rebosaba de aquella cualidad tan convencional y embarazosa: el «buen gusto». Al verlo, Rask pensaba que solo un empleado se gastaría el dinero que le daba otro de aquella manera: en busca de alivio y libertad.

Era precisamente su frivolidad lo que hacía que Sheldon Lloyd le resultara útil a Benjamin. Su asistente era un comerciante astuto, sí, pero

Rask también entendía que personificaba el estereotipo de lo que muchos de sus clientes y socios efímeros consideraban «un hombre de éxito». Sheldon Lloyd era el portavoz perfecto para su negocio, una presencia mucho más eficaz en muchos contextos que su patrón. De hecho, cumplía tan a rajatabla con todo lo que la gente esperaba del perfil de un financiero que Benjamin empezó a confiar en él para asuntos que iban más allá de sus deberes oficiales. Le pedía que organizara cenas y fiestas, y Sheldon estaba encantado de hacerlo, llenando la casa de Rask de amigos suyos y haciendo de anfitrión entusiasta para los miembros del consejo e inversores. El verdadero anfitrión se escabullía invariablemente temprano, pero la ficción de que llevaba una vida social activa salía reforzada.

En 1914, Sheldon Lloyd fue enviado a Europa para cerrar un acuerdo con el Deutsche Bank y con una compañía farmacéutica alemana, y también para hacer unos negocios en Suiza en nombre de su patrón. La Gran Guerra sorprendió a Sheldon en Zürich, adonde Rask lo había mandado para adquirir participaciones en algunos de los prósperos nuevos bancos locales.

En América, Benjamin dirigió su atención hacia los cimientos tangibles de su riqueza: las cosas y las personas, que el conflicto había fusionado en una única maquinaria. Invirtió en sectores relacionados con la guerra, desde la minería y la siderurgia hasta la manufactura de municiones y la construcción naval. Se interesó por la aviación, previendo el potencial comercial que los aviones tendrían en épocas de paz. Fascinado por los adelantos tecnológicos que definirían aquellos años, financió empresas químicas y proyectos de ingeniería, patentando muchas de las piezas y fluidos invisibles de los nuevos motores que impulsaban la industria mundial. Y a través de sus representantes en Europa, negoció bonos emitidos por todos los estados que se habían visto envueltos en la guerra. Sin embargo, pese a lo formidable que estaba llegando a ser su fortuna, aquello no fue más que el punto de partida de su verdadera ascensión.

Su laconismo se incrementó a la par que su influencia. Cuanto más penetraban sus inversiones en el seno de la sociedad, más se retraía. Parecía que las mediaciones prácticamente interminables que constituyen una fortuna —acciones y bonos vinculados a corporaciones vinculadas a tierras y equipamientos y fuerzas multitudinarias de trabajo, alojadas, alimentadas

y vestidas gracias al trabajo de otras multitudes repartidas por el mundo, pagadas con monedas distintas cuyo valor también era objeto de comercio y especulación, vinculadas a los destinos de las distintas economías nacionales, vinculados a su vez a corporaciones vinculadas a acciones y bonos— habían hecho que se volvieran irrelevantes las relaciones no mediadas. Aun así, mientras alcanzaba el supuesto punto medio de su vida y lo dejaba atrás, una vaga noción de responsabilidad genealógica, junto con una idea todavía más difusa de lo que era apropiado, le hizo plantearse el matrimonio.

DOS

Los Brevoort eran una familia antigua de Albany cuya fortuna había abandonado al apellido. Habían bastado tres generaciones de novelistas y políticos fracasados para reducirlos a un estado de precariedad decorosa. Su casa en la calle Pearl, una de las primeras que se habían construido en la ciudad, era la encarnación misma de aquel decoro, y la existencia de Leopold y Catherine Brevoort giraba en gran medida en torno a su mantenimiento. En la época en que nació Helen, ya habían cerrado los pisos superiores para asegurarse de poder dedicarle toda su atención a los de abajo, que era donde recibían a sus invitados. Su salón era uno de los centros de la vida social de Albany, y los recursos menguantes de los Brevoort no les impedían tener de invitados a miembros de las familias Schermerhorn, Livingston y Van Rensselaer. Si sus reuniones tenían tanto éxito era porque alcanzaban un poco común equilibrio entre la ligereza (Catherine tenía un don para conseguir que los demás se sintieran conversadores excepcionales) y la gravedad (Leopold era ampliamente reconocido como una de las autoridades intelectuales y morales de la ciudad).

En su círculo social, meterse en política se consideraba algo innoble, mientras que la literatura apeataba a vida bohemia. El señor Brevoort, sin embargo, había combinado el poco caballeresco amor de sus antepasados por el servicio público y la palabra escrita publicando dos volúmenes de filosofía política. Resentido por el silencio total con que se había recibido su obra, se había centrado en su hija de corta edad y había decidido hacerse cargo personalmente de su educación. Los primeros años de vida de la pequeña se los había pasado demasiado ocupado con la quiebra de sus asuntos personales como para atenderla demasiado, pero ahora que había

decidido ocuparse de instruirla, empezó a disfrutar de todas las facetas de su personalidad. A los cinco años ya era una ávida lectora, y a su padre le sorprendió descubrir en ella a una interlocutora precoz. Daban largos paseos por el margen del Hudson, a veces hasta entrada la noche, y debatían sobre los fenómenos naturales que los rodeaban: los renacuajos y las constelaciones, la caída de las hojas y los vientos que se las llevaban, el halo de la luna y las astas de los ciervos. Leopold nunca había conocido aquella clase de felicidad.

Todos los libros de texto escolares que había le parecían insuficientes, y cuestionaba tanto su contenido como su método pedagógico. Por consiguiente, cuando no estaba impartiendo lecciones o atendiendo a las obligaciones sociales que su esposa siempre parecía crear para él, el señor Brevoort se mantenía ocupado escribiendo manuales y redactando libros de ejercicios para su hija. Contenían juegos educativos, acertijos y problemas de los que Helen disfrutaba, y que resolvía casi siempre. Junto con la ciencia, la literatura era uno de los elementos destacados de su programa docente. Leían a los trascendentalistas americanos, a los moralistas franceses, a los satíricos irlandeses y a los aforistas alemanes. Con ayuda de diccionarios obsoletos, emprendían la traducción de cuentos y fábulas de Escandinavia, la Roma antigua y Grecia. Alentados por el resultado completamente absurdo de aquellos intentos (a menudo, la señora Brevoort tenía que entrar en su pequeño estudio para pedirles que dejaran de reírse «como caballos» cuando había invitados en casa), iniciaron una colección de mitos inventados y descabellados. Los primeros dos o tres años que Helen pasó estudiando bajo la tutela de su padre siempre serían los más felices de su vida, y aunque con el tiempo se desdibujaron los detalles y contornos de aquellos recuerdos, la sensación general de euforia y plenitud nunca perdió nitidez y luminosidad en su mente.

Siempre intentando ampliar su temario, los caprichosos métodos de investigación del señor Brevoort lo llevaron a encontrar teorías científicas difuntas, edificios filosóficos en ruinas, doctrinas psicológicas demenciales y dogmas teológicos impíos. En su intento de maridar religión y ciencia, se embebió de las doctrinas de Emanuel Swedenborg. Aquel fue un punto de inflexión en su vida, y también en su relación con su hija. Guiado por las

enseñanzas de Swedenborg, se convenció de que la razón, y no la penitencia ni el miedo, era el camino a la virtud y quizás incluso a la divinidad. Los tratados matemáticos solo eran superados en importancia por las Escrituras, y el señor Brevoort estaba encantado de la facilidad elegante con que Helen, a los siete u ocho años, resolvía abstrusos problemas algebraicos y ofrecía exégesis detalladas de muchos pasajes bíblicos. También le pedía que escribiera meticulosos diarios de sueños, que luego ambos analizaban con fervor numerológico, en busca de mensajes en clave de los ángeles.

Una parte de la alegría de antaño del señor Brevoort se había marchitado a la sombra de su nueva pasión por la teología. Aun así, durante todo el tiempo que pudo, Helen mantuvo el espíritu jovial de sus años previos. Para aliviar el tedio creciente de sus lecciones diarias, aprendió a jugar con aquel padre cada vez más distante. Ciertamente: había muchos aspectos del temario mayormente improvisado que le gustaban y a los que se aplicaba —la aritmética, la óptica, la trigonometría, la química y la astronomía—, pero las partes más místicas del programa didáctico del señor Brevoort le resultaban aburridas, hasta que descubrió cómo manipularlas y darles la vuelta para su disfrute. Creaba anagramas con profecías bíblicas para vaticinar el futuro de su familia; diseñaba sus propias interpretaciones cabalísticas de los textos del Antiguo Testamento, respaldadas por esotéricas argumentaciones matemáticas que siempre impresionaban a su padre, sin importar que las entendiera o no; llenaba las páginas de su diario de sueños de entradas escandalosas, muchas de las cuales bordeaban lo indecente. Leopold le había exigido que las crónicas de sus sueños fueran implacablemente sinceras, y a Helen le gustaba ver como a su padre le temblaba la barbilla de horror mal disimulado cuando leía sus invenciones vagamente obscenas.

Si la práctica de inventarse sus sueños había empezado como broma, con el tiempo se convirtió en necesidad. A los nueve o diez años, el insomnio empezó a alargar sus noches, privándola no solo de sus sueños, sino también de la paz. Las esporas heladas de la ansiedad le colonizaban la mente y se la reducían a un páramo de miedo. La sangre, diluida, parecía circularle demasiado deprisa por las venas. A veces le daba la sensación de que su corazón se ahogaba. Aquellas noches en vela llenas de terror se

fueron volviendo cada vez más frecuentes, y los días que las seguían eran una neblina. Le resultaba casi imposible contribuir a la tarea de sostener la realidad. Sin embargo, era aquella versión atenuada de Helen la que preferían sus padres: su padre seguía con gran placer su trabajo carente de inspiración; su madre la encontraba más accesible.

Helen no tardó en darse cuenta de que, además de ser la pupila de su padre, también se había convertido en su objeto de estudio. Parecía especialmente interesado en los resultados concretos de sus enseñanzas y se dedicaba a seguir la manera en que daban forma a la mente y la moralidad de su hija. Cuando la examinaba, a Helen le parecía a menudo que había otra persona asomándose a través de los ojos de su padre. Solo con el paso del tiempo comprendió que todas aquellas injerencias la habían llevado a forjar un carácter discreto y modesto, un rol que representaba con fiabilidad impecable en presencia de sus padres y de las amistades de estos: discretamente cortés, nunca hablaba si podía evitarlo, contestaba con asentimientos de la cabeza y monosílabos siempre que le resultaba posible, evitaba que su mirada se encontrara con las de los demás y rehuía a toda costa la compañía de los adultos. El hecho de que nunca dejara de representar a aquel personaje le haría preguntarse, en épocas posteriores de su vida, si no sería aquella la persona que siempre había sido, o, al contrario, si con el paso de los años su espíritu no se habría amoldado a aquella máscara.

Las reuniones sociales en la calle Pearl siguieron bien pobladas pese a la mengua de recursos de la familia, lo cual daba fe del encanto y la habilidad de la señora Brevoort. Ni el descenso de calidad de su té ni las múltiples deserciones entre su servicio doméstico habían disuadido a sus visitas. Ni siquiera su marido, cuya conducta se había vuelto tan errática como crípticas sus palabras, había sido capaz de ahuyentar a sus invitados. A base puramente de encanto —y de unas cuantas maniobras políticas habilidosas—, la señora Brevoort se aseguró de que su salón permaneciera en el corazón de la vida social e intelectual de Albany. Llegó un punto, sin embargo, en que se vieron obligados a reabrir los pisos superiores, amueblarlos lo mejor que pudieron y aceptar inquilinos. La señora Brevoort habría sido capaz de eludir la vergüenza de tener a empleados estatales

subiendo y bajando ruidosamente las escaleras, pero a sus invitados regulares les pareció más discreto, por el bien de ella, trasladar sus reuniones a otra parte. Fue más o menos por entonces cuando los Brevoort decidieron que Albany se había vuelto demasiado provinciana para ellos.

Pasaron un mes en Nueva York antes de embarcar rumbo a Europa, alojados en casa de una de las amigas de la señora Brevoort, en la calle 84 Este, esquina con la Avenida Madison, a pocas manzanas de la mansión que nadie sospechaba que se convertiría en el futuro hogar de su hija. De hecho, años más tarde Helen se acordaría a menudo de aquel periodo en Nueva York y se preguntaría si, a los once, quizás había visto, durante uno de sus paseos con su madre, al ya exitoso hombre de negocios que con el tiempo sería su marido. ¿Acaso se habían visto alguna vez la niña y el hombre? Estaba claro, en cualquier caso, que de pequeña había pasado bastantes horas de aburrimiento en compañía de muchas de las personas que competirían por su atención y su amistad cuando estuviera casada. En el curso de aquel mes, su madre se dedicó a llevarla a todos los compromisos diurnos a los que podía asistir: almuerzos, charlas, meriendas, recitales. Lo que tenía ocasión de aprender en aquellos eventos era más esencial para su educación, le decía a menudo la señora Brevoort, que las lecciones de botánica o de griego que recibía de su padre. Tal como era su costumbre, Helen guardaba silencio durante aquellos encuentros: se dedicaba a mirar y escuchar, sin adivinar que una década más tarde reconocería muchas de aquellas caras y voces, y sin imaginarse lo mucho que le serviría a su encarnación adulta saber quién fingía recordarla o haberla olvidado.



Sin la señora Brevoort les habría resultado imposible salir adelante en Europa. Al llegar a Francia, ocuparon unos modestos aposentos en Saint-Cloud, pero Catherine no tardó en descubrir que estaban demasiado alejados del centro de París. Como tenía numerosos recados por hacer, se fue unos días ella sola a visitar a los Lowell, que vivían en la Île Saint-Louis. Una vez allí, visitó a la gente a la que conocía o a la que le habían pedido que viera, llevándoles noticias, cartas y mensajes confidenciales de Nueva York. Antes de que terminara su primera semana allí, ya los habían invitado a alojarse en la casa que tenía Margaret Pullman en Place des Vosges. La situación se repitió casi en todas partes: los Brevoort llegaban a Biarritz, a Montreux o a Roma y se alojaban por un precio razonable en una *pension* o *albergo* de algún barrio apartado pero respetable de la ciudad. Luego la señora Brevoort pasaba una semana visitando a sus amistades, entregando mensajes y conociendo a gente entre la comunidad de expatriados americanos, hasta que alguno de ellos los invitaba a su familia y a ella a quedarse en su casa. Con el tiempo, sin embargo, se invirtieron los roles: si al principio había sido la señora Brevoort quien había dependido de la amabilidad de sus compatriotas más prósperos, al cabo de un par de años su compañía andaba tan buscada que tuvo que empezar a rechazar invitaciones, lo cual la hizo todavía más deseable. Allá donde iba su familia, Catherine se convertía en el nodo que conectaba a todos los americanos errantes a los que valía la pena conocer.

No era raro que los americanos residentes en el extranjero se evitaran entre sí. No solo porque era lo que dictaba el tacto, según cierto protocolo implícito, sino también porque nadie quería que lo percibieran como

alguien que no tenía amigos en Europa y dependía provincianamente de sus conocidos de América. Consciente de este código, la señora Brevoort se aprovechaba de él y operaba como una especie de mensajera entre los extranjeros voluntariamente aislados, que agradecían de corazón sus servicios, ya que les permitían mantener su altiva simulación de autonomía. Era la persona a la que acudir si se necesitaba una muy codiciada presentación que en otras manos habría resultado incómoda: reparaba vínculos rotos y creaba otros nuevos; se las arreglaba para incluir a gente en círculos selectos y al mismo tiempo, de forma crucial, mantener la impresión de que aquellos círculos permanecían cerrados; todo el mundo estaba de acuerdo en que era una contadora de anécdotas sin par y una casamentera consumada.

Bordeando montañas, recorriendo costas o atravesando ciudades (según la estación del año), y alojándose, demorándose o apresurándose (según resultara conveniente), los Brevoort fueron delineando el mapa de su peculiar Grand Tour. El señor Brevoort dedicaba la mayor parte del tiempo a hacer de tutor de su hija y a explorar distintos círculos místicos: el espiritismo, la alquimia, el mesmerismo, la nigromancia y otras formas de ocultismo se habían convertido en los intereses que lo absorbían por completo. Helen ya llevaba un tiempo apesadumbrada por haber perdido a un amigo y a su único compañero en Europa, su padre, pero fue por aquella época cuando su estado de ánimo cayó a simas todavía más profundas: estaba crecida y bien leída, y era lo bastante culta como para darse cuenta de que Leopold se estaba limitando a coleccionar supercherías, y estaba reemplazando a su hija por una serie de dogmas y credos que hacía unos años habrían sido objeto del ridículo de ambos y habrían servido de inspiración para sus cuentos absurdos. Ya era triste de por sí ver al señor Brevoort a la deriva, pero resultaba devastador descubrir que su respeto por el valor intelectual de su padre se estaba esfumando junto con él.

Pese a todo, Leopold no era completamente ciego a los talentos de su hija. Al cabo de unos años de viaje, se vio obligado a reconocer que la aptitud de Helen para los idiomas, los números, la hermenéutica bíblica y lo que él llamaba sus intuiciones místicas se habían desarrollado más allá de sus propias capacidades, de manera que empezó a planear una parte del

itinerario de la familia de acuerdo a la ubicación de diversos académicos que pudieran hacer progresar sus estudios. Eso los llevó a una serie de humildes pensiones en pequeñas aldeas y albergues en los suburbios de ciudades universitarias, donde madre, padre e hija se veían obligados a pasar el tiempo sin compañía alguna. Aislados y fuera de su elemento, el señor y la señora Brevoort se volvieron mezquinos y beligerantes. Helen se retrajo todavía más, y su silencio despejó el terreno para las peleas cada vez más agrias de sus padres. Aun así, cuando por fin llegaba el momento de entrevistarse con algún ilustre profesor o autoridad en ocultismo, siempre se producía una transformación en Helen. De pronto adoptaba una confianza cristalina: algo en ella se endurecía, brillaba y se afilaba.

Ya fuera en el centro de Jena, en los alrededores de Toulouse o en los suburbios de Bolonia, la rutina siempre era, en líneas generales, la misma. Alquilaban habitaciones en una fonda, donde la señora Brevoort alegaba alguna indisposición que requería reposo en cama; entretanto, el señor Brevoort llevaba a su hija a visitar a la eminencia a la que habían ido a ver. Las largas y en su mayor parte ininteligibles presentaciones que llevaba a cabo Leopold Brevoort siempre conseguían que su anfitrión los mirara a su hija y a él con aprensión y arrepentimiento. No solo sus doctrinas se habían vuelto considerablemente arcanas, sino que además las impartía en una mezcolanza de francés, alemán e italiano por lo general inventados. Algunos de aquellos académicos y místicos se quedaban impresionados por el conocimiento íntimo que tenía Helen de las Escrituras, por sus logros académicos y por su dominio de distintos dogmas esotéricos. Notando su interés, el señor Brevoort intentaba decir algo, pero ellos lo detenían levantando la palma de la mano y ya no le hacían más caso durante el resto de la entrevista. Unos cuantos de aquellos tutores incluso le pedían que se ausentara de la sala. Otros, llenos de calidez pedagógica, le tocaban la pierna a Helen, pero enseguida retiraban la mano, asustados por su letal impasibilidad y la firmeza de su mirada.



Helen había dejado su infancia en Albany. Debido a que estaban en constante movimiento, apenas tenía ocasión de conocer a chicas de su edad, y sus encuentros casuales con ellas nunca alcanzaban a florecer en forma de amistades. Para pasar el tiempo, aprendía idiomas por su cuenta con la ayuda de libros que iba trasladando entre las distintas casas y hoteles: tomaba un ejemplar de *La Princesse de Clèves* de un estante de Niza y lo recolocaba en una biblioteca de Siena, después de sacar de ella *I viaggi di Gulliver*, con el cual llenaba el hueco que había dejado al tomar prestado *Rot und Schwarz* en Munich. El insomnio seguía reclamando sus noches, y usaba los libros como escudos para protegerse de las arremetidas de sus terrores abstractos. Cuando resultaban insuficientes, recurría a su diario. Los diarios de sueños que su padre le había hecho llevar durante unos años le habían inculcado el hábito diario de registrar sus pensamientos. Con el paso del tiempo, y a medida que su padre dejaba de leer sus entradas, su escritura se alejó de sus sueños y pasó a incluir reflexiones sobre libros, impresiones sobre las ciudades que visitaba y, durante las noches en blanco, sus miedos y ansias más íntimos.

En su primera juventud había vivido un episodio menor pero decisivo. Sus padres y ella se alojaban en la villa de la señora Osgood, en Lucca. Helen había estado paseando primero por los terrenos y después, aturdida por el calor, por la casa vacía. Eran los únicos invitados. Los sirvientes se escabullían al oír sus pasos. Había un perro despatarrado en el suelo fresco de terracota, que se miraba el interior del cráneo con los ojos entrecerrados y tenía sueños convulsos. Helen observó la sala de estar: su padre y el señor Osgood se habían quedado dormidos en sus sillones. Helen se sintió

ligeramente cruel, poseída por un vago deseo de hacer daño. Fue consciente de estar mirando a través del fondo mismo del aburrimiento. Del otro lado había violencia. Dio media vuelta y volvió a salir al jardín. Cuando llegó al lugar a la sombra donde estaban bebiendo limonada su madre y su anfitriona, se limitó a anunciarles que se iba a dar un paseo por el pueblo. Quizás porque usó un tono tan perentorio, o quizás porque su madre estaba intercambiando susurros enfáticos con la señora Osgood, o quizás porque aquella tarde los tonos castaños y dorados de Lucca tenían un brillo tan benévolo, no le pusieron objeción alguna: la señora Brevoort se limitó a mirar de reojo a su hija y decirle que disfrutara de su *passeggiata* pero que no se alejara demasiado. Así, sin más testigos que ella misma, empezó un capítulo nuevo para Helen. Por primera vez en su vida, estaba saliendo al mundo sola.

Apenas prestó atención al camino rural y sus inmediaciones, perdida como estaba en aquel sueño de independencia hecho realidad, pero sí la despertó el silencio de paredes remozadas que la recibió en el pueblo. El eco áspero de sus zapatos sobre los adoquines era lo único que podía oír en aquellas calles vacías. De tanto en tanto arrastraba ligeramente un pie, solo para sentir el hormigueo en la piel del cuello que le producía oír el murmullo del cuero sobre la piedra. Con cada manzana que recorría, el pueblo iba cobrando un poco más de vida. Intentando prolongar la sensación de euforia que había descubierto en la quietud inicial, siguió caminando, con un aplomo feliz, alejándose de las voces que retumbaban en los cruces de calles lejanos, alejándose del bullicio mercantil que venía de la plaza, alejándose del clop-clop líquido de los cascos de caballos que resonaba a la vuelta de la esquina, alejándose de las mujeres que se gritaban de ventana a ventana mientras recogían la ropa seca de las cuerdas de tender y adentrándose en callejones con las persianas cerradas para proteger las casas del calor, donde podía oír de nuevo sus propios pasos solitarios. Supo entonces que aquella forma solemne de placer, tan pura porque carecía de contenido, tan fiable porque no dependía de nadie más, era el estado que pugnaría por alcanzar en su vida futura.

Intentando eludir el bullicio de la plaza, donde estaba teniendo lugar alguna clase de jubileo o *festa* religiosa, Helen terminó en una calle donde

había unas pocas tiendas. Una de ellas era un anacronismo por partida doble. Un estudio fotográfico solo podía ser una incongruencia en aquella ciudad tan pequeña, con su pasado etrusco que hacía que las iglesias medievales parecieran nuevas. Pero cuando la examinó más de cerca, aquella aparición disonante salida del futuro resultó ser, de hecho, antigua. Los retratos del escaparate, las cámaras en exposición, los servicios que se ofrecían... todo remitía a los albores de la fotografía. Y por alguna razón, Helen experimentó con más intensidad aquellos treinta o cincuenta años de antigüedad que tenía el estudio que los veinte siglos transcurridos desde la fundación de la ciudad. Entró.

La tienda, granulosa bajo la luz que entraba por las ventanas delicadamente sucias, revelaba una modalidad extraña de indecisión. Al principio, Helen pensó que los matraces, tubos de ensayo y vasos con formas extrañas, además de frascos, ampollas y redomas etiquetados, formaban parte del enorme surtido de atrezzo fotográfico que abarrotaba el local: bicicletas y cascos romanos, sombrillas y animales de peluche, muñecas y accesorios náuticos. Pero poco a poco comprendió que el lugar estaba atrapado entre los reinos de la ciencia y el arte. ¿Era un laboratorio químico o el estudio de un pintor? Parecía que ambos bandos se hubieran rendido hacía mucho tiempo, dejando la disputa sin resolver.

De detrás de una cortina en la parte trasera de la tienda salió un hombre bajito de rasgos amables o fatigados. Se quedó encantado al descubrir lo bien que hablaba el italiano aquella joven señorita extranjera. Tras una breve conversación, le sacó un álbum de retratos de estudio anticuados montados en cartón, como los que su madre solía coleccionar de niña. Helen reconoció muchos de los objetos que aquellos legionarios, cazadores y marineros sostenían en las fotografías. El hombre le dijo que quedaría imponente caracterizada de Minerva. Desplegó un fondo pintado del Partenón, colocó a Helen delante y hurgó entre la utilería en busca de un casco, una lanza y un búho disecado. Helen declinó el ofrecimiento. Pero antes de que la decepción se pudiera instalar en la cara del fotógrafo, le aseguró que le gustaría mucho que la retratara. Aunque sin disfraz. Sin fondo decorado. Solo ella, de pie, en el estudio. El fotógrafo, complacido y

confuso en igual medida, procedió a registrar el primer día de la nueva vida de Helen.



Cuando llegaron a su cuarto año en el Continente, los Brevoort ya habían estado en todas las capitales y destinos de vacaciones que frecuentaban los expatriados americanos, trazando al mismo tiempo lo que sobre el mapa parecía un itinerario demente destinado a impulsar la educación de Helen. Como habían viajado tan extensamente y durante tanto tiempo, en pos de sus metas sociales y también académicas, Helen —muy a pesar de su predisposición reservada, y principalmente debido a los esfuerzos infatigables de su madre para promover los éxitos de su familia— había terminado convertida en una especie de atracción. Siempre que Leopold estaba fuera en uno de sus breves viajes para visitar un salón literario que le interesara particularmente, asistir a una sesión de espiritismo, sumarse a una reunión de la Sociedad Teosófica o ver a unos cuantos de los individuos a los que consideraba sus colegas, la señora Brevoort se llevaba a su hija a alguno de sus compromisos sociales, alegando que ya tenía edad suficiente para empezar a aprender cómo funcionaba de veras el mundo. Pero según los dictados del protocolo, Helen era, por supuesto, demasiado joven para estar en sociedad. Así pues, la señora Brevoort se la llevaba no como una invitada más, sino como espectáculo.

Siguiendo las instrucciones de la señora Brevoort, una serie de hombres que daban vueltas a sus copas de coñac con escepticismo y señoras que bebían vasitos de jerez con perplejidad hacían que Helen leyera sendos pasajes de dos libros escogidos al azar, que a veces estaban en lenguas distintas, pasajes que ella memorizaba en un momento y repetía palabra por palabra a modo de pasatiempo de sobremesa. A los invitados, distraídos,

aquello les resultaba moderadamente encantador. Pero cuando la señora Brevoort, después de aquella demostración inicial, le pedía a su hija que alternara frases de ambos libros, y que después hiciera lo mismo pero empezando por el final, las sonrisas petulantes se convertían invariablemente en asombro boquiabierto. Aquella solo era la primera proeza de su número, que incluía toda clase de proezas mentales y siempre terminaba en murmullos de ovación. Pronto se empezó a solicitar la presencia de Helen. Se volvió una especie de moda. No hacía ninguna falta que la señora Brevoort le pidiera a su hija que no le mencionara a su padre aquellas actuaciones, que tanto estaban beneficiando al renombre de su familia.

Pero no existe tal cosa como la publicidad confidencial, y al final, estando la familia de visita en casa de los Edgecomb en París, el señor Brevoort se enfureció al enterarse de que su esposa había estado usando los talentos de su hija como truco de salón. Desde hacía uno o dos años, a medida que sus inclinaciones divergían y su matrimonio se deterioraba en consonancia, Catherine y Leopold habían procurado evitarse el uno al otro siempre que podían, confiando en eludir las peleas con que terminaban la mayoría de sus conversaciones. Cuando salió a la luz la verdad sobre las actuaciones de Helen, sin embargo, la rabia que se había ido solidificando y sedimentando en forma de gruesos estratos de resentimiento sufrió un corrimiento de tierras y se desprendió. La señora Brevoort estaba completamente harta de la jerigonza ensimismada de su marido, de su ciencia cuestionable y de todos los disparates celestiales que le impedían hacer frente a las muy terrenales necesidades de su familia. Si la situación había llegado a un punto en que dependían de la amabilidad de unas amistades cada vez más lejanas, de cuya hospitalidad habían disfrutado gracias a los recursos y el duro trabajo de ella (y la señora Brevoort se señaló el pecho para darle a la palabra «trabajo» todo su peso), y si ahora necesitaba hacer uso de los talentos de Helen para mantener y expandir aquellas amistades, era solo porque no se podía contar con él para asegurar el bienestar de la familia. La señora Brevoort había hablado en un susurro ponzoñoso, consciente de que no debía discutir a gritos mientras se alojaban en la habitación de invitados de los Edgecomb. Pero el señor Brevoort no

tenía aquellos reparos. El don que le había dado Dios a su hija para que conversara con Él, gritó, no se iba a convertir en un número circense sacrílego. Su hija no iba a verse arrastrada al fango de la frivolidad en el que tanto le gustaba revolcarse a su mujer. Su hija no iba a verse convertida en una meretriz intelectual.

Helen se pasó toda aquella pelea mirándose los zapatos. No era capaz de mirar a su padre: no quería ver como su boca formaba aquellas palabras absurdas. Sería la confirmación de que ahora había otra persona hablando a través de él. Si no lo miraba, no sería más que una voz que despotricaba, un grito incorpóreo, sin relación alguna con su padre. Más que el tono amenazador, lo que la aterraba era la incoherencia de su diatriba, porque Helen no creía que pudiera haber mayor violencia que la que se ejercía sobre el sentido.

Después de aquella disputa (haría falta una conversación avergonzada entre la señora Brevoort y la señora Edgecomb a la mañana siguiente, seguida de varias semanas de hacer campaña con sumo tacto por todo París en contra de las habladurías, para enmendar parcialmente los daños causados aquella noche), los talentos de Helen seguirían floreciendo, contra todo pronóstico, bajo la vigilancia más estricta. Aunque no le gustaba verse sometida a la rigurosa y errática tutela de su padre, sus restricciones no le resultaban más opresivas que el gregarismo de su madre.



Uno de los pocos rasgos que aunaban a todos los miembros de la familia Brevoort, aunque fuera por razones distintas en cada caso, era su desdeñosa falta de curiosidad hacia los acontecimientos actuales. La señora Brevoort consideraba una afrenta personal la irrupción de los asuntos públicos en su vida privada. Le interesaban los entresijos administrativos, financieros y diplomáticos que mantenían en marcha la sociedad en la misma medida que el motor que había debajo del capó de un automóvil o que la sala de máquinas que se escondía bajo cubierta en un barco de vapor. «Las cosas» debían «funcionar», sin más. No le interesaba que un mecánico le explicara cuál era el problema que tenía cierta válvula de pistón grasienta. En cuanto al señor Brevoort, ¿qué podían significar las noticias diarias para alguien centrado en lo eterno? Y como ambos vivían en los arrabales de la realidad política, no entendieron de inmediato las graves implicaciones del asesinato del archiduque Francisco Fernando.

Todo el mundo les dijo que tenían suerte de encontrarse en Suiza y les aconsejó que no salieran del país hasta que la situación se hubiera aclarado. De camino a Zürich —donde tenían planeado, desde hacía meses, encontrarse con unos amigos para emprender una excursión veraniega—, vieron movilizarse al Ejército Suizo y oyeron que se estaban militarizando las fronteras. Era el punto culminante del verano, lo cual significaba que había miles de americanos dispersos por montañas, valles y balnearios a orillas de lagos: desde convalecientes que se gastaban los ahorros en hospederías anexas a los baños municipales hasta potentados de Nueva York que tomaban las curas en hoteles majestuosos. Orme Wilson, por ejemplo, se encontraba en Berna, Chauncey Thorowgood en Ginebra, el

cardenal Farley en Brunnen y Cornelius Vanderbilt en Saint-Moritz. Con independencia de su rango, sin embargo, todos los americanos a los que los Brevoort se encontraban por el camino se mostraban igual de frenéticos. Se hablaba de guerra. De guerra total.

A su llegada a Zürich, los Brevoort se alojaron con los Betterley, que acababan de hablar con el señor Pleasant Stovall, embajador de los Estados Unidos en Suiza. ¿Debían continuar con sus vacaciones o irse a casa? El señor Stovall les había explicado que los augurios de guerra eran bastante comunes en Europa. Sin embargo, todo diplomático experimentado era consciente de las desastrosas consecuencias de un conflicto abierto, así que confiaba en que la razón y las intervenciones amistosas consiguieran evitar un desastre de primer orden como aquel. En cuestión de semanas, Austria, Serbia, Alemania, Rusia y el Reino Unido ya habían hecho declaraciones formales de guerra. Pronto el conflicto englobaría la mayor parte de Europa.

Durante los extraños meses siguientes, la comunidad improvisada de americanos en Suiza se vio arrastrada, en su conjunto, a algo parecido a lo que había sido durante años la realidad cotidiana de los Brevoort. No había ni dinero en metálico ni oro disponibles: los cheques, incluso los emitidos por sólidas entidades bancarias americanas, eran rechazados; las letras de crédito carecían de valor. Los millonarios dependían de la buena voluntad de los hoteleros y se veían obligados a pedirles prestado dinero de bolsillo. La gente se llevaba su propio azúcar cuando iba de visita a tomar el té. Todo el mundo había recibido cartillas de racionamiento, y durante las cenas, los invitados, con sus vestidos de noche y sus fracs, les entregaban las suyas a los anfitriones que servían la comida. Reinaba un estado generalizado de precariedad indigente. Y la señora Brevoort no se había sentido tan aliviada y relajada en toda su vida.

Aun así, la guerra era una realidad que se cernía sobre ellos: una realidad de la cual los aeroplanos beligerantes que pasaban rozando los Alpes de camino al frente eran un recordatorio constante. A la mayoría de las empresas navieras les habían inmovilizado los buques o cancelado las rutas. Obtener pasaje en alguna embarcación pequeña y abarrotada era un lujo que requería tener contactos en lo más alto. Mientras que la señora Brevoort hacía lo posible por conseguir un salvoconducto que sacara a su

familia de Europa, el señor Brevoort parecía residir de forma permanente en una tierra remota gobernada por conspiraciones ocultistas, jerarquías místicas y leyes laberínticas. Las tareas cotidianas ya le resultaban imposibles de gestionar, y cada mañana se despertaba más desorientado. Hablaba, día y noche, en una mezcolanza de lenguas cada vez más imaginarias, esforzándose por entender las reglas que había creado para sí mismo y perdiéndose en las antinomias y paradojas que asediaban su mente. Se volvió irascible.

Helen intentaba reunirse con su padre en el territorio inexplorado de sus delirios. Se sentaba con él y lo escuchaba hablar ininterrumpidamente. A veces le hacía preguntas, más para demostrarle que le estaba prestando atención que porque le interesara la respuesta en sí. Sus esfuerzos para entenderlo eran sinceros y se basaban en la esperanza de que, si conseguía encontrar allí alguna pizca de sentido, algún hilo, sería capaz de aferrarse a él y sacar a su padre de su laberinto. Sus intentos, sin embargo, siempre terminaban igual: los pensamientos de Leopold se curvaban y se retorcían sobre sí mismos, formando un círculo en el que Helen no podía entrar y del que él era incapaz de salir. Como para demostrarse la posibilidad del movimiento físico, después de experimentar aquella claustrofobia mental siempre se veía impulsada a dar largos paseos.

El estado del señor Brevoort hizo insostenible que la familia siguiera alojándose en casa de los Betterley, por lo que se vieron obligados a mudarse a una fonda cercana. Leopold llenaba un cuaderno tras otro de fórmulas alquímicas y cálculos expuestos con dígitos y símbolos de su invención. Siempre tenía la cara manchada de tinta, y su monólogo, que su mano obediente parecía dedicarse a transcribir eternamente, no se interrumpía para nada. A la señora Brevoort le quedó claro que le iba a ser imposible atravesar primero el continente infestado por la guerra y después el océano Atlántico con su marido en aquel estado. Gracias al señor y la señora Betterley, que habían presentado una petición en su nombre al embajador Stovall, pudo conseguir plaza para el señor Brevoort en el Instituto Médico-Mecánico del doctor Bally, en Bad Pfäfers, cuyas aguas, ricas en carbonato de calcio y magnesia, en conjunción con los masajes y la

actividad física a gran altura, se sabía que eran beneficiosas para los pacientes con problemas nerviosos.

La señora Betterley estuvo encantada de hacerse cargo de Helen mientras la señora Brevoort llevaba a su marido al sanatorio. Helen se despidió de su padre en la fonda. Él ni siquiera levantó la vista del cuaderno en el que transcribía su propio dictado. Era la última vez que Helen lo vería.

Los días que Helen pasó sin sus padres en Zürich confirmaron la intuición que ya había tenido durante su paseo por la Toscana: que por alguna razón se sentía elevada por la soledad. Paseaba, eufórica y serena, por los senderos que bordeaban el lago. Tomaba tranvías al azar hasta el final de la línea y volvía caminando; iba al casco antiguo y visitaba museos y galerías de arte. Y siempre terminaba volviendo al jardín botánico, donde le gustaba sentarse con un libro a la sombra del arboreto. Fue allí donde, una tarde, un americano de modales afectados, atraído por el volumen en inglés que Helen estaba leyendo, se dirigió a ella con alguna vaga excusa hortícola. Se presentaron y al hombre le apareció un destello de interés en la mirada cuando ella mencionó su apellido: una chispa apenas disimulada de reconocimiento que muchos americanos mostraban, como para manifestar de forma discreta que conocían el pedigrí de los Brevoort. El hombre inició una conversación, alentado por el hecho fortuito de haber encontrado a otra neoyorquina en un sitio tan peculiar. Helen, serenamente molesta por la intrusión, respondió con monosílabos a sus cortesías. Durante un remanso de la charla, el hombre arrancó una flor para ponérsela en la solapa y después otra para Helen. Ella se la quedó mirando, pero no la agarró. Reprimiendo un arranque de confusión irritada, el hombre usó la flor para señalar varias partes distintas de la ciudad y explicarle a ella los distintos elementos históricos de cada una de las vistas. No pareció molestarle que Helen apenas prestara atención, o que incluso apartara la mirada del panorama que él comentaba. Simplemente disfrutaba del hecho de explicar cosas, y, usando aquel pretexto, consiguió averiguar dónde vivía Helen e invitarse a sí mismo a acompañarla a casa a fin de poder enseñarle por el camino algunos de los tesoros escondidos de la ciudad. Cuando por fin llegaron, Sheldon Lloyd se presentó a los anfitriones de la señorita Brevoort. El señor Betterley intercambió una mirada cargada de intención

con su mujer, invitó a Sheldon a cenar la noche siguiente y por fin lo acompañó a la puerta, donde los dos hombres se quedaron un rato conversando en voz baja.

Y en efecto, el señor Lloyd fue a cenar la noche siguiente, y llevó consigo a un mozo de carga de su hotel con dos cestas llenas de provisiones, y durante los cinco o seis días siguientes continuó presentándose a la hora del almuerzo, la cena o la merienda. Los Betterley se mostraron más que acogedores, y se aseguraron de proporcionarle a su invitado una hora de tiempo relajadamente supervisado con Helen después de cada comida. Lloyd dedicaba la mayoría de aquellos momentos a hablar de sus logros profesionales y del estilo de vida que le reportaban, describiendo hasta el último detalle sus astutos negocios, iniciados antes de la guerra en representación de su compañía, con el Deutsche Bank; de todas las pinturas de maestros europeos que tenía colgadas en su apartamento o prestadas al Metropolitan Museum; de hasta el último aspecto de las inversiones que le habían encargado que hiciera en la Krupp; de su casa en Rhinebeck, parcialmente construida y luego demolida y reconstruida en función de necesidades imprevistas; del hecho de que había sido más listo que su patrón, que a su vez creía haber sido más listo que el consejo de administración de Productos Farmacéuticos Haber; de la colección de caballos que tenía en sus establos y de su picadero con tejado de cristal; de los entresijos diplomáticos intrínsecos a la fundación del banco que su patrón estaba abriendo en Zürich, alentado por la floreciente industria financiera de la ciudad; y de su yate a motor, a bordo del cual navegaba por el Hudson para ir a trabajar en verano a Wall Street. Daba la impresión de que Sheldon confundía el silencio distraído de Helen con admiración muda.

Al cabo de casi dos semanas, la señora Brevoort regresó del sanatorio. La señora Betterley le concedió unos instantes para que mostrara su pesar por el estado de su marido y se lamentara de su futuro incierto antes de hablarle de la nueva amistad de Helen. La señora Brevoort se tomó un momento, como si estuviera rebuscando en su cerebro quién podía ser aquel tal Sheldon Lloyd, antes de preguntar, con un titubeo estudiado, si ese joven no sería por casualidad la mano derecha del señor Rask. La señora Betterley

no se dignó a responder a tan pobre actuación, lo que supuso una derrota poco habitual para la señora Brevoort.

Nada más conocerlo, la señora Brevoort ya pudo ver lo impresionado que estaba Sheldon con el linaje de Helen, así como su deseo de unir un apellido antiguo a su dinero nuevo. Y si Sheldon ya se había sentido halagado por el silencio de Helen, ahora le encantó encontrar en la señora Brevoort a alguien que expresaba su admiración de forma inequívoca, profería todas las exclamaciones de asombro esperadas y se sobrecogía en los momentos convenientes. Durante sus banquetes diarios, la mujer no solo se aseguraba de que el joven se sintiera todavía más importante de lo que ya se creía, sino también de que se sintiera a cargo de la situación, concediéndole, por encima de todo, la oportunidad de rescatarlas galantemente de las temibles garras de la guerra. Poco a poco, y por medio de pequeñas y triviales anécdotas, la señora Brevoort se dedicó a hablarle a Sheldon del desorden mental de su marido y de las circunstancias precarias de su hija. Sin embargo, esperó a que faltaran apenas unos días para la partida de Lloyd antes de confiarle, en toda su crudeza lacrimógena, la desesperada situación de la familia. Sheldon, incapaz de sospechar que su caballerosa espontaneidad había sido meticulosamente inducida, se ofreció para llevar a madre e hija hasta Génova y las invitó a embarcarse con él en el *Violeta*, buque de bandera portuguesa que los transportaría a Nueva York.



La casa de Albany seguía alquilada, y lo cierto era que no tenía sentido someter a Helen a una atmósfera tan provinciana después del tiempo que habían pasado en Europa, ni tampoco subrayar la ausencia del señor Brevoort con la proximidad de sus parientes. Así pues, la señora Brevoort no tuvo problemas para admitir de nuevo a Sheldon en calidad de salvador y aceptar su generosa oferta de permitirles que se quedasen en el apartamento de una difunta tía suya en Park Avenue que no había encontrado el momento de vender.

Las amistades forjadas en el Continente le resultaron ahora muy útiles a la señora Brevoort. No satisfecha con tener abiertas la mayoría de las puertas de Nueva York, también quería abrir las suyas a la ciudad. Las veladas en su nuevo apartamento no tardaron en volverse habituales. Sin darle ninguna relevancia a este hecho, empezó a llevar a Helen a aquellas fiestas. Quienes desconocían sus talentos se preguntaban cómo era posible que alguien con tanto encanto y tan sociable como la señora Brevoort pudiera tener una hija tan reservada, e incluso pensativa: un rumor del que la anfitriona era muy consciente, y que manipulaba para asegurarse de que la inteligencia y complejidad de carácter de Helen causaran una impresión todavía más profunda.

Sheldon Lloyd nunca asistía a aquellos eventos. El hecho de que Catherine y Helen se alojasen en una casa de su familia, añadido a los rumores acerca de la relación estrecha que había desarrollado con madre e hija tanto en Europa como durante su posterior travesía del Atlántico, lo habían llevado a asegurarse —guiado, en parte, por los consejos de la señora Brevoort— de que la gente viera que su auxilio había sido

desinteresado. Aun así, durante los paseos intensamente vigilados por chaperones que daban Sheldon y Helen por el parque, la señora Brevoort siempre se aseguraba de mencionar la virtuosa magnanimidad del señor Lloyd y de recordarle que estaban del todo en deuda con él por los actos heroicos con que les había salvado la vida, en el sentido más literal. Durante aquellos paseos, la señora Brevoort tampoco paraba de regresar una y otra vez, de una forma tan casual que su persistencia resultaba bastante imposible de detectar, al esquivo y mítico patrón del señor Lloyd. ¿Era cierto que el señor Rask era rico hasta la omnipotencia? ¿Y de verdad seguía soltero? ¿Cómo era posible? ¿Es que nunca salía? ¿Cuáles eran los gustos y placeres de un hombre tan único? Sheldon estaba encantado de contestar largo y tendido a aquellas preguntas, entendiendo que su propia estatura crecía junto con la leyenda excéntrica y sobredimensionada del financiero. Fue, de hecho, su vanidad la que lo llevó a revelar que el señor Rask era demasiado misántropo (o estaba demasiado inmerso en su trabajo, se corrigió a sí mismo) como para recibir a gente en su casa, de manera que recaía en él, Sheldon, la tarea de organizar suntuosas fiestas de las que el anfitrión casi siempre se ausentaba. Y fue su arrogancia la que lo llevó a invitar a madre e hija a la gala benéfica por la Cruz Roja que se iba a celebrar en casa del señor Rask. Sheldon quería que Helen viera por sí misma la magnificencia con que había organizado la fiesta.

Helen era perfectamente consciente de las maquinaciones de su madre, y se daba cuenta de que, en cuanto esta le encontrara el pretendiente ideal, a ella le iba a tocar aceptarlo. Pese a carecer de ambiciones maritales ni materiales, Helen creía que le debía a su madre un buen matrimonio: era la única oportunidad que tenían de dejar de vivir a expensas de los demás y asentarse de una vez. Sin embargo, aunque no se oponía a las maniobras casamenteras de la señora Brevoort, su aquiescencia laxa dejaba claro que se negaba a formar parte activa de ellas. Su silencio inaccesible, que algunos consideraban una exhibición de petulancia, y su perpetuo ensimismamiento, que se podía confundir con tristeza, no eran formas pasivas de desobediencia, sino manifestaciones de tedio. Era simplemente incapaz de manejar las cortesías y clichés que impulsaban la campaña matrimonial de su madre. Y aquella misma incapacidad la llevaba a darse

cuenta de que los fanfarrones como Sheldon Lloyd, que se consumían contemplándose a sí mismos, podían otorgarle de forma paradójica cierto grado de autonomía. Sin embargo, en lugar de darle al obviamente deseoso señor Lloyd el empujón final para que se declarara, la señora Brevoort se dedicaba a mantenerlo a una distancia prudencial, sin dejar de alentarlos de muchas formas sutiles. Helen confiaba en que las argucias de su madre se prolongaran el tiempo suficiente como para acabar produciendo el efecto opuesto al deseado cuando a ella se le pasara la edad de casarse.

Los templos dedicados a la riqueza —con sus liturgias, fetiches y vestiduras— nunca habían conseguido transportar a Helen a un reino más elevado. No la extasiaban. Cuando entró por primera vez en la fastuosa morada del señor Rask, nada le infundió el cosquilleo del deseo, ni tampoco le hizo sentir aquella excitación indirecta y momentánea que producía imaginar una vida desprovista de restricciones materiales. Sheldon las estaba esperando a su madre y a ella junto al sirviente apostado al final de la alfombra roja que bajaba en cascada por las escaleras y discurría de lado a lado de la acera. Envalentonado por su rol de anfitrión por poderes de una de las veladas más espléndidas de la temporada, tomó a Helen del brazo y entró con ella, seguidos por una señora Brevoort molesta por haber sido dejada atrás, y sin acompañante, cuya irritación, sin embargo, no tardó en diluirse en el resplandor de su entorno. Después de que le entregaran sus abrigos a un criado que estaba en la puerta, un mayordomo anunció su llegada, empleando una voz suave pero proyectándola hacia un hombre delgado que permanecía de pie en la orilla de la invisibilidad. La señora Brevoort se las arregló para transmitir una genuflexión por medio de un asentimiento casi imperceptible con la cabeza. Benjamin Rask le devolvió el saludo con la cabeza, o simplemente bajó la vista. Mientras le arreglaba el cabello a su hija en el recibidor de las mujeres, la señora Brevoort le comentó que al señor Rask se lo veía mucho más joven de lo que ella había esperado. ¿Y no era extraño lo incómodo que parecía estar en su propia casa? Supuso que era natural, a fin de cuentas: para llenar un espacio tan enorme hacía falta una personalidad igual de enorme. La llegada de otras invitadas interrumpió su monólogo. Madre e hija pasaron a la sala de estar, donde la señora Brevoort podría haber pasado perfectamente por la

anfitriona. Sheldon les estaba contando una historia en voz baja a un grupo de hombres y haciéndolos reír a carcajadas. Helen se retiró a los márgenes en sombras de la sala y allí se quedó hasta que el mayordomo comunicó a Sheldon que la cena estaba servida.

A Helen y a Catherine las colocaron en extremos opuestos de la mesa, al lado del señor Lloyd y del señor Rask respectivamente. Mientras se sentaban, Sheldon le dijo a Helen que, a sabiendas de las ganas que tenía la señora Brevoort de conocer a su anfitrión, estaba seguro de que agradecería aquella oportunidad única de hablar con él (y disfrutaría de ser envidiada por su codiciado lugar a la derecha del señor Rask). Hasta que llegó el pescado, Sheldon se aseguró atentamente de que la conversación girara en torno a Helen y habló a todos sus vecinos de mesa de sus viajes, su talento para los idiomas y su valentía frente a los peligros de la guerra, que debía de haber heredado de sus ilustres ancestros revolucionarios. Para cuando llegó el asado, sin embargo, ya había vuelto su atención hacia sus amigos y colegas, deseoso de hacerlos reír otra vez, y había liberado a Helen para que se quitara de encima con respuestas breves las preguntas que le hacían las bienintencionadas mujeres que la rodeaban. En la otra punta de la larga mesa, su madre monopolizaba la atención del señor Rask. Helen reconoció perfectamente los ausentes asentimientos con la cabeza de su anfitrión, y por tanto le sorprendió, durante los postres, poder captar indicios de interés genuino en su cara, mientras su madre, que ahora parecía haber bajado la voz, seguía hablando. Por fin llegó el momento de que los caballeros se fumarán sus puros mientras las señoras se reunían en la sala de estar. Helen aprovechó la oportunidad para escabullirse y deambular sola por la casa.

Cuanto más se alejaba del bullicio de la fiesta y de las estridentes disposiciones de Sheldon, más cambiaba la casa. Se estaba adentrando en un mundo ordenado y discreto. El silencio poseía una confianza serena, como si supiera que siempre iba a imponerse sin apenas esfuerzo. La ligera frialdad del aire también era un aroma. No eran las muestras visibles de opulencia lo que la impresionaba: los predecibles óleos holandeses, las constelaciones de lámparas de cristal francesas y los jarrones chinos que brotaban en cada rincón. Le llamaban la atención las cosas pequeñas. El pomo de una puerta. Una humilde silla en un recodo en penumbra. Un sofá

y el vacío que lo rodeaba. Todas aquellas cosas la impresionaban con su intensa presencia. Se trataba en todos los casos de objetos comunes y corrientes, pero eran genuinos, los originales a partir de los que se habían fabricado todas las copias defectuosas desparramadas por el mundo.

Una sombra vaciló junto a la de ella en el umbral que daba a una sala de estar. Helen se dio cuenta de que su propia silueta proyectada en el suelo expresaba las mismas vacilaciones: el pesar por haber sido vista, la falta de coraje para marcharse, la poca voluntad de dar un paso adelante. Pareció que las siluetas sin rostro se miraban, como deseosas de resolver aquella situación entre ambas, sin tener que importunar a sus dueños. A Helen no le sorprendió ver emerger a Benjamin Rask de la sala de estar.

Incómodos, cruzaron algunas trivialidades. En el silencio que siguió, cambiaron de postura al mismo tiempo. Benjamin se disculpó y señaló un sofá orientado a una ventana. Se sentaron y parecieron más tensos todavía que cuando estaban de pie. Sus reflejos, hundidos a medias en el estanque oscuro que era la ventana del otro lado de la sala, les devolvieron la mirada. Benjamin le dijo a Helen que la señora Brevoort le había hablado de sus viajes. Lentamente, Helen arrastró la punta de su zapato por el grano de la alfombra de seda, dejando una pequeña estela. Benjamin pareció entender que ella no iba a responderle a menos que fuera necesario. Después de una pausa, empezó a contarle que él nunca había viajado ni había salido de la Costa Este; sin embargo, como sentía que no se expresaba con claridad, empezó a interrumpirse a sí mismo incesantemente y por fin dejó de hablar, como si se diera cuenta de que Helen, cuya mirada se dedicaba a examinar la sala por segmentos, no estaba escuchando su embrollada explicación.

Helen borró la estela que había dejado en la alfombra arrastrando el zapato en la dirección contraria. Benjamin la miró y luego desvió la mirada hacia la ventana.

—Yo.

Cuando la pausa fue lo bastante larga como para ser definitiva, Helen se volvió hacia él, sintiendo curiosidad por el resto de la frase. Su incapacidad para terminarla le había endurecido los rasgos.

Sentada en el crepúsculo de aquella sala en silencio, Helen entendió al instante que su madre había triunfado. Supo con total certidumbre que

Benjamin Rask la tomaría como esposa, si ella lo aceptaba. Y decidió en aquel mismo momento que lo iba a aceptar. Porque vio que se encontraba, en esencia, solo. En su inmensa soledad, Helen encontraría la suya propia, y con ella la libertad que sus controladores padres siempre le habían negado. Dependiendo de si la soledad de Benjamin era voluntaria o no, su futuro marido le daría la espalda o se mostraría agradecido por la buena compañía que ella intentaría proporcionarle. De una forma u otra, no le cabía duda de que conseguiría influir sobre él y obtener aquella independencia que tanto anhelaba.

TRES

La intimidad puede ser una carga insoportable para quienes, al experimentarla por primera vez después de una vida entera de autosuficiencia orgullosa, de pronto descubren que era lo que le faltaba a su mundo. Encontrar la dicha se vuelve indistinguible del miedo a perderla. Cuestionan su derecho a responsabilizar a otro de su felicidad; se preocupan por que su ser amado pueda considerar tediosa su reverencia; temen que su anhelo les pueda haber distorsionado los rasgos de formas que ellos mismos no alcanzan a ver. Y así, vencidos por el peso de todas estas preguntas y preocupaciones, terminan por doblarse sobre sí mismos, y la felicidad que acababan de encontrar en la compañía se convierte en una expresión más profunda de la soledad que creían haber dejado atrás.

Era ese miedo el que Helen notaba en su marido poco después de su boda. Consciente de que la impotencia suele convertirse en rencor —igual que alguien que se infravalora siempre termina culpando a los demás de su depreciación—, hacía lo que podía para disipar las ansiedades de Benjamin. Por mucho que garantizar la paz de su marido significara en última instancia salvaguardar la suya propia, las motivaciones de Helen no eran del todo egoístas. No había tardado en desarrollar un apego genuino por Benjamin y por sus hábitos callados. Pero como ella también era callada, le costaba encontrar el vocabulario correcto, los gestos apropiados, o incluso los escenarios adecuados para expresar su cariño, que no era rival (y ella sabía que ese era el principal obstáculo) para la timidez de su ardor.

Después de un breve compromiso había venido una boda nada convencional en invierno. La señora Brevoort había intentado sin éxito retrasarla por lo menos hasta principios de primavera. Y sus exclamaciones indignadas también habían sido desestimadas en lo tocante a la ceremonia

en sí y a la celebración. Benjamin y Helen se casaron en la misma sala de estar donde habían hablado por primera vez, con la única compañía de Catherine Brevoort y Sheldon Lloyd, que parecía ansioso por disipar cualquier rumor sobre su informal cortejo previo de la novia. Los pocos invitados al almuerzo que siguió a la ceremonia eran amigos o bien de Catherine, o bien de Sheldon. Desde el anuncio de su compromiso, Helen había percibido un cambio general de actitud en todos ellos. Quienes en el pasado se habían molestado en intentar salvar la distancia que Helen siempre había interpuesto entre sí misma y el mundo lo habían hecho sin ninguna ceremonia. Ahora, en cambio, aquella misma distancia se había convertido en símbolo literal de su nuevo estatus. La gente cruzaba de puntillas aquella brecha, intentando confirmar con cada paso vacilante que ciertamente tenían permiso para acercarse a ella. Si antes su silencio se había confundido a menudo con timidez o arrogancia, ahora —ella misma se daba cuenta— se interpretaba como la actitud apropiada en alguien de su posición, y su mal disimulado tedio era repentinamente bienvenido como desapego sofisticado: habría resultado vulgar que mostrara interés por nada. Todo el mundo esperaba que resultara intimidadora, y hasta lo deseaba. Pero Helen no había experimentado plenamente la deferencia remilgada que la rodearía durante el resto de su vida hasta el almuerzo de la boda, donde hizo su primera aparición en calidad de señora Rask.

A la mañana siguiente, los recién casados se reunieron para desayunar casi en silencio. Helen echó un vistazo a su marido desde su lado de la mesa, aliviada tras cerciorarse de que podría soportar noches como la anterior sin dolor físico ni moral. Benjamin, sintiéndose observado, fue especialmente cuidadoso al cascar su huevo, intentando disimular el hecho de que estaba igual de desorientado y avergonzado que al salir del dormitorio de su esposa.

No tenían deseo alguno de viajar; aun así, Benjamin se había tomado dos semanas libres para pasar una breve luna de miel en casa, una circunstancia que les resultaba lo bastante ajena a ambos como para convertirla en unas pequeñas vacaciones. Había periodistas merodeando fuera a todas horas, y algunos habían montado sus cámaras en trípodes al otro lado de la calle, por si acaso la pareja se asomaba a alguna ventana.

Helen y Benjamin se paseaban por las habitaciones, haciendo planes vagos y desganados para darles uso. Eso los llevó a la tercera planta. Después de examinar un salón, un estudio y unos cuantos dormitorios, se detuvieron en mitad de un pasillo: un túnel de madera y damasco que amplificaba hasta el más pequeño sonido y en cambio amortiguaba sus voces. Intentando alejar a Helen de la puerta del final del pasillo, Benjamin le dijo que era la única habitación en la que no debían entrar. Helen le preguntó por qué entrecerrando los ojos y ladeando la cabeza. Era una puerta lateral de su despacho, explicó él, e hizo una pausa. Helen no reprimió un ligero suspiro de impaciencia. Apartándose de la puerta, Benjamin le contó que, una vez entraba allí, siempre le costaba salir. Helen, sin embargo, lo rodeó y abrió la puerta para revelar uno de los espacios más grandes de la casa, diseñado para impresionar y abrumar, aunque no era ese el efecto que provocaba porque todo en él se veía inerte y en desuso. Era una sala grande, sí, pero no contenía papeles, archivos, máquinas de escribir ni ningún otro indicio de trabajo real. Y no era solo que el lugar se viera limpio, ya que cuando uno lo miraba de cerca le quedaba claro que no había nada que limpiar. Helen no alcanzaba a entender cómo podía aquella ser la oficina de la que Benjamin afirmaba que no era capaz de salir, hasta que, en un discreto recodo del tamaño de un cuartito, divisó una mesa, y sobre ella, junto a un teléfono, una campana de cristal con un artefacto que al principio confundió con un reloj o un barómetro, pero que enseguida se dio cuenta de que era un ticker de cotizaciones bursátiles. El trozo de alfombra de delante estaba desgastado.

Una vez más, Benjamin intentó alejarse de la oficina, alegando que allí no había nada que ver; una vez más, Helen no se movió. Benjamin, sin mirar para nada a su mujer, se permitió preguntarle si no le resultaban opresivos su nuevo hogar y sus circunstancias. Quizás si hacía unos cuantos cambios en la casa para sentirla más suya, le costaría menos adaptarse a su nueva vida. Sí, seguramente tendrían que hacer algunas reformas, confirmó cuando ella no dijo nada. Helen le tocó el hombro, sonrió y le dijo con calidez serena que a ninguno de los dos les interesaban realmente aquellas cosas. Benjamin no supo cómo recibir el regalo inesperado de su afecto.

Helen señaló con la cabeza el ticker y, antes de abandonar la sala, dijo que lo vería para la cena.



Durante la guerra, Helen había sido incapaz de ponerse en contacto con su padre en la clínica del doctor Bally en Suiza. En cuanto se restablecieron las comunicaciones, poco después de su boda, se quedó petrificada al enterarse, gracias a una breve carta en alemán recibida en respuesta a su última petición de información, de que el señor Brevoort había abandonado el sanatorio poco después de que lo internaran. No había dejado ningún aviso, simplemente se había esfumado en pleno día, durante las actividades en el jardín. El personal había emprendido una búsqueda exhaustiva por las inmediaciones, pero no lo habían encontrado. El médico que firmaba la carta lamentaba comunicar con tanto retraso aquella triste noticia, y explicaba que, aun en el caso de que la guerra no hubiera interrumpido el servicio de correos, hasta el momento de recibir la carta de la señora Rask no habían tenido la dirección de ningún pariente.

Helen no se acordaba de la última vez que había llorado, y en ese momento lloró por razones que al principio no pudo entender. La parte de ella ajena al dolor comprendía que era natural llorar la pérdida de un padre, y casi pensaba que sus lágrimas eran resultado de un reflejo innato que en realidad no tenía nada que ver con sus emociones. Y a aquella misma parte de ella también le producía una clara sensación de alivio saber que su padre había desaparecido, junto con sus dogmas inflexibles y su molesta locura. Pero ¿adónde había ido? Y cuando se hizo esa pregunta, el dolor la envolvió por completo. Lo podía haber matado el fuego de obuses o una bala perdida; podía haber muerto de frío; podía haber sucumbido al hambre. Pero también podía estar vivo, deambulando como un loco babeante por la campiña o mendigando por ciudades cuyos idiomas no hablaba. O podía

haberse recuperado de alguna manera y haber empezado una familia nueva, tomando el recuerdo confuso de su hija por una de las alucinaciones que lo habían atormentado durante su enfermedad. En el sentido más absoluto de la palabra, Helen había perdido a su padre.

En cuanto Benjamin se enteró de que el señor Brevoort había desaparecido, se puso en contacto con sus socios en Europa y les dio instrucciones para que contrataran a investigadores y peinaran el continente entero. Helen sabía que no serviría de nada, pero le dejó proceder como si la estuviera ayudando. Al mismo tiempo que le daba las gracias, también le pidió que no le contara la noticia de la desaparición a su madre, que por fin estaba feliz y a salvo después de tantos años de incertidumbre. La intención oculta de Helen, sin embargo, era ver si la señora Brevoort volvía a sacar a colación a su marido alguna vez. No fue el caso.

Catherine Brevoort se había instalado de forma permanente en el apartamento de Park Avenue, que Benjamin le había comprado a Sheldon Lloyd para ella. Después de la boda de Helen, sus horizontes sociales se habían expandido de forma considerable, y sus fiestas se habían vuelto más exitosas. Estaba claro que la mayoría de los recién llegados a sus veladas asistían a ellas con la esperanza de conocer al esquivo yerno de la señora Brevoort. Y había que reconocerle a Catherine que aquellos invitados seguían frecuentando su salón aun después de que quedara claro que allí nunca iban a ver al señor y la señora Rask. Helen había dejado de ir a las reuniones de su madre tan pronto como se mudó con Benjamin, no solo porque nunca le habían gustado los eventos sociales, sino también porque desde el compromiso el trato con su madre le había resultado cada vez más difícil. Sabía que las excentricidades en las que estaba incurriendo en los últimos tiempos la señora Brevoort, su espléndida frivolidad, su calculada impertinencia y su conducta gratuitamente ostentosa no eran simples manifestaciones de felicidad desatada, sino actos de una especie de agresividad festiva dirigidos de forma directa contra Helen, tanto a modo de desafío como de lección: «*Esta es la vida que deberías estar llevando*». Las declaraciones más elocuentes de aquel monólogo implícito de su madre llegaban en forma de facturas y recibos. Las fiestas de la señora Brevoort (y su guardarropa, y su mobiliario, y sus arreglos florales, y sus coches de

alquiler) se habían vuelto considerablemente extravagantes, y todas las facturas se mandaban a la oficina de Benjamin. Nunca se rechazaban, y ni siquiera se cuestionaban, pero Helen siempre se las reenviaba después de pagarlas, y las guardaba como si fueran una colección de cartas unilaterales de su madre.

En sus primeros años de casado, la fortuna de Rask experimentó un crecimiento inhabitual. Al frente de su compañía emprendió un volumen asombroso de operaciones en una gama amplísima de instrumentos, y haciendo gala de una precisión que a muchos de sus colegas les resultaba inaudita. No es que aquellas transacciones fueran necesariamente unos golpes maestros espectaculares, pero puestas todas juntas, sus márgenes a menudo estrechos de beneficios sumaban unas cifras formidables. Wall Street estaba perpleja ante el ojo clínico de Rask y ante lo sistemático de sus estrategias, que no solo conducían a ganancias continuas, sino que también eran un ejemplo de la elegancia matemática más rigurosa, de una forma impersonal de belleza. Sus colegas lo consideraban clarividente, un sabio provisto de talentos sobrenaturales que simplemente nunca perdía.

Fue en aquella época cuando Helen empezó a entender algo en lo que Benjamin ya había reparado hacía mucho tiempo: que toda privacidad requiere una fachada pública. Como parecía inevitable mantener alguna apariencia de vida social, decidió hacer buen uso de la suya. En vez de seguir los pasos de su madre, muy acordes con el espíritu risueño de aquellos tiempos, se involucró en numerosas iniciativas filantrópicas. Durante los años siguientes, aparecieron por todo el país hospitales, salas de conciertos, bibliotecas, museos, refugios y departamentos universitarios que llevaban el apellido Rask.

Al principio la filantropía solo había formado parte de la fachada social de Helen. Con el tiempo, sin embargo, desarrolló un interés genuino por el mecenazgo cultural. Desde su boda, había gozado de libertad para dedicarse a su amor por la literatura, heredado de su padre y cultivado posteriormente durante sus viajes por Europa. Le interesaban en particular los autores vivos, aunque de entrada se negaba a conocerlos, consciente de que la distancia entre la obra y la persona solo la podía ocupar la decepción. Pero a cambio de su apoyo, muchos de aquellos escritores empezaron a ofrecerle

sus consejos y a sugerirle causas dignas de su generosidad. No parecía razonable desoír aquellas recomendaciones. Con su ayuda, sacó el máximo partido de sus iniciativas filantrópicas, y de paso expandió su radio de acción. Le presentaron a los artistas, músicos, novelistas y poetas más destacados de su tiempo. Y para su gran sorpresa, empezó a esperar con ganas sus encuentros con aquellos recién conocidos. La conversación nunca había sido uno de los placeres de Helen. Ahora, en cambio, en presencia de los interlocutores adecuados, disfrutaba del ingenio verbal, de la erudición sagaz y del talento para la improvisación que se desplegaba en sus diálogos, pese a que prefería escuchar a unirse a los debates (para registrar más tarde los momentos más animados e inspiradores en su diario, que para entonces ya abarcaba varios gruesos volúmenes). No le pasaba por alto que, uniendo su pasión por las artes con sus iniciativas benéficas, estaba reconciliando el fervor intelectual de su padre con las habilidades sociales de su madre.

Por mucho que disfrutara trabajando con artistas, la causa que le resultaba más grata era la investigación y el tratamiento de las enfermedades psiquiátricas. Encontraba desconcertante e inexcusable que las ciencias médicas, que tanto habían progresado en todos los terrenos, se hubieran quedado tan negligentemente rezagadas en lo tocante a los desórdenes mentales. A este fin, trabajaba de forma estrecha con su marido, que siempre había manifestado un enorme interés por los sectores químicos y farmacéuticos y había hecho grandes inversiones en ellos durante la guerra. Era el accionista mayoritario de dos compañías farmacéuticas americanas y también poseía una participación importante en la alemana Productos Farmacéuticos Haber, que Sheldon Lloyd le había ayudado a obtener poco antes de conocer a Helen en Zürich. El desarrollo de medicaciones eficaces para el amplio espectro de afecciones psiquiátricas, que hasta entonces se habían tratado con poco más que morfina, hidrato de cloral, bromuro de potasio y barbitol, se volvió prioritario para aquellas compañías. La multitud de soldados que regresaban del frente con profundas cicatrices psicológicas y señales claras de trauma mental —y sin terapias adecuadas para tratar sus síntomas— le confería una urgencia especial a esa investigación.

Helen y Benjamin dedicaban un tiempo considerable a leer los informes de sus empresas y a reunirse con científicos. Como ambos poseían mentes depredadoras (ágiles, rápidas, voraces), aprendieron deprisa. Pronto fueron capaces de leer abstrusos trabajos de investigación y tratados académicos y de hablar de ellos con conocimiento de causa. Su deseo de aprender sobre las innovaciones más recientes en el campo de la química era sincero, pero también es cierto que ambos persistían en aquella dirección porque en la farmacología habían encontrado por fin un interés compartido, un tema del que podían conversar apasionadamente, maravillándose al mismo tiempo de la pericia intelectual del otro.

Ya desde los primeros días de su noviazgo, los dos habían admirado recíprocamente su inteligencia y, más todavía, aquel talento que compartían para entender los silencios y espacios vacíos que constituían el elemento natural de ambos. Mientras Benjamin se abstraía con su trabajo, Helen quedaba libre para ensanchar el horizonte de su mundo literario. Todas las semanas recibía cajas y arcas llenas de libros, para los que tuvo que hacer espacio. En una de las dos únicas reformas que hizo en su casa empezó por deshacerse de los libros con encuadernaciones decorativas de cuero marroquí de la biblioteca, cuyos lomos con baño de oro nunca se habían abierto. Helen llenó los estantes de sus volúmenes personales y creó una sala de lectura real. Cuando se le terminó el espacio, derribó dos paredes; cuando su colección se volvió imposible de gestionar, contrató a un bibliotecario. En aquella biblioteca ampliada, empezó a organizar lecturas, conferencias y reuniones informales.

El otro cambio que introdujo en la casa consistió en convertir una de sus salas de estar en un pequeño auditorio. Casi por azar, Helen y Benjamin habían descubierto que a los dos les gustaban los conciertos. Lo que había empezado como solución de compromiso —se habían dado cuenta de que la música en vivo era la estrategia perfecta para que se los viera «en público» sin tener que entablar conversaciones inanes para llenar vacíos incómodos— se transformó en pasión. Mientras ambos empezaban a desarrollar cierto gusto por la música de cámara, tradujeron aquel principio a su propia relación. Organizaban recitales privados en su casa, y en aquellas ocasiones podían estar juntos, en silencio, compartiendo emociones de las que no eran

responsables y que no aludían directamente a ellos dos. Y por el hecho mismo de estar tan controlados y mediados, aquellos se convirtieron en los momentos más íntimos de Benjamin y Helen.

Sus conciertos vespertinos se volvieron una especie de leyenda en la comunidad musical y fuera de ella, tanto por el calibre de los intérpretes a los que atraían como por lo limitado y selecto que era el público. A los recitales mensuales nunca se invitaba a más de dos docenas de personas, y sin embargo una gran parte de la sociedad neoyorquina afirmaba asistir a ellos con regularidad. Algunos de los invitados eran hombres de negocios que tenían que soportar a Brahms para que su anfitrión no tuviera que soportar las charlas informales. La mayor parte del público, sin embargo, se componía de las nuevas amistades de Helen: otros músicos y escritores. Durante las primeras temporadas, se desincentivaba claramente la socialización tras las actuaciones. Al apagarse los aplausos, Helen daba gracias a los intérpretes y al público, después de lo cual su marido y ella eran los primeros en marcharse. Sin embargo, a medida que se ampliaba la obra filantrópica de Helen, era inevitable que se solapara con sus series de conciertos. Al terminarse un recital de *lieder*, algún escritor del público buscaba a Helen para terminar una conversación sobre el programa de una biblioteca; después de un ciclo de sonatas, alguno de los intérpretes la abordaba para hacerle saber que había una orquesta necesitada de mecenazgo; tras un quinteto de clarinete, algún joven compositor, consciente de que era poco probable que fuera a poner un pie en aquella casa nunca más, hacía acopio de valor para pedirle su patrocinio. Con el tiempo, aquellas conversaciones se alargaron hasta integrarse en el programa. Helen empezó a servir jugos de frutas después de las actuaciones —la Prohibición no influía para nada en los hábitos inherentemente sobrios de la casa—, y la gente permanecía allí hasta la medianoche. Benjamin nunca se quedaba a aquellos cócteles abstemios, que llegaron a ser casi igual de míticos que los conciertos en sí, y era siempre el primero en dar las buenas noches a todos.



La disciplina, la creatividad y una regularidad digna de una máquina eran factores esenciales en el nuevo nivel de éxito de Rask, aunque no los únicos. Su prosperidad iba a la par del bullicioso optimismo del momento. El mundo nunca había experimentado nada parecido al crecimiento de la economía americana en la década de 1920. La manufactura había alcanzado su punto culminante en la historia, y también los beneficios. Las cifras de empleo, ya pujantes, iban al alza. La industria automovilística a duras penas podía satisfacer la demanda insaciable de velocidad que se había adueñado de la nación entera. Los prodigios industriales de la época se publicitaban de costa a costa por esas radios que todo el mundo quería tener. A partir de 1922, la tasación de los valores financieros pareció ascender en sentido vertical. Si antes de 1928 poca gente creía posible que cinco millones de acciones cambiaran de manos en un solo día en la Bolsa de Nueva York, al acabar el segundo semestre de aquel año, aquel techo ya casi era el suelo. En septiembre de 1929, el índice Dow cerró con su máximo histórico. Más o menos por entonces, el profesor de Yale Irving Fisher, la mayor autoridad del país en economía, declaró que los precios de las acciones habían «alcanzado [...] una estabilidad permanente».

Gracias a la supervisión indulgente del gobierno, y a su reticencia a interrumpir aquel maravilloso sueño colectivo, había oportunidades para todo el que las viera y las deseara. A través de sus bancos, por ejemplo, Rask pedía dinero a la Reserva Federal de Nueva York a un cinco por ciento de interés, solo para prestarlo en los mercados concertados al menos a un diez e incluso a un veinte por ciento. Se daba el caso de que, por entonces, el comercio con márgenes de depósito —comprar acciones con dinero

prestado de agencias de corretaje usando aquellos mismos valores como aval— pasó de mil a siete mil millones de dólares, señal obvia de que el público se había puesto a invertir en masa y de que la gente, que en su mayoría no conocía el mercado, estaba especulando con un dinero que no tenía. Pese a todo, de alguna forma Rask parecía ir siempre un paso por delante. Su primer fondo de inversión se constituyó por lo menos media década antes de que proliferara aquella clase de instituciones a finales de los años veinte. Como recompensa a su fama de genio financiero, Rask tenía una cartera valorada muy por encima del precio de mercado de las acciones que contenía. Y no solo eso, sino que, gracias a su doble condición de banquero de inversiones y patrocinador de diversos fondos de inversión, tenía la capacidad de producir una parte de las mismas acciones que vendía, y emitía acciones ordinarias que compraba en su totalidad (o bien distribuía entre sus inversores de confianza) y después vendía al público por precios hasta un ochenta por ciento superiores al original de adquisición. Siempre que quería evitar el escrutinio de la Bolsa de Nueva York, negociaba en San Francisco, Buffalo o Boston.

Todo hombre y mujer se sintió con derecho a ser partícipe de la prosperidad que reinó durante los diez años posteriores a la guerra y a disfrutar de los prodigios tecnológicos que esta trajo. Y Rask contribuyó a fomentar aquella sensación de posibilidades ilimitadas creando nuevas instituciones de crédito y bancos que ofrecían dinero en condiciones tentadoras. Aquellos bancos (entre los cuales a veces se promovía una rivalidad ficticia para atraer clientes) no se parecían en nada a los augustos organismos marmóreos con sus empleados almidonados que llevaban generaciones intimidando a sus clientes. Al contrario, eran espacios acogedores con cajeros amables, y siempre existía una manera de conseguir un préstamo para comprar un automóvil, una nevera o una radio. Rask también experimentaba financiando líneas de crédito y planes de pago a plazos para tiendas, a fin de que estas pudieran ofrecer aquellas opciones de pago directamente a sus clientes. Con todas aquellas deudas incontables y a veces nimias (las de sus servicios de préstamo, pequeños bancos y distintas empresas de crédito) se hacían paquetes que se vendían al por mayor como valores. En suma, Rask vio que la relación con el cliente no se terminaba

con la compra del producto: de aquella transacción se podía extraer más beneficio.

También creó un fondo de inversión diseñado exclusivamente para el trabajador. Para empezar bastaba una pequeña cantidad, los pocos cientos de dólares de una humilde cuenta de ahorro. El fondo cubría aquella suma (y a veces la doblaba o la triplicaba) para después invertirla en su cartera y usar aquellas acciones como aval. De aquella manera, cualquier maestro o granjero podía liquidar su deuda en cómodos pagos mensuales. Si todo el mundo tenía el derecho a hacerse rico, sería Rask quien se lo otorgaría.

En lo más alto y lo más bajo de aquel periodo de bonanza, es decir, durante las rachas de negocios frenéticos promovidas o bien por el optimismo, o bien por el pánico, no era infrecuente que los tickers no pudieran seguir el ritmo de los mercados. Si el volumen de compraventa era lo bastante grande, el retraso podía ser de más de dos horas, lo cual provocaba que la cinta de cotizaciones ya estuviera obsoleta cuando salía de la máquina. Pero era en aquellos momentos de oscuridad máxima cuando realmente prosperaba Rask, como si solo pudiera alcanzar las mayores alturas volando a ciegas. Eso contribuyó en buena medida a su condición de leyenda.

La velocidad a la que Benjamin aumentaba su fortuna, y la sabiduría con que Helen la distribuía, se percibían como las manifestaciones públicas del estrecho vínculo que los unía. Esto, junto con su talante esquivo, los convertía en criaturas míticas en la misma sociedad de Nueva York que ellos tanto desdeñaban, y su indiferencia incrementaba todavía más su fantástica estatura. Su vida familiar, sin embargo, no se correspondía con la fábula de una pareja armoniosa. La admiración que sentía Benjamin por Helen bordeaba el temor. La veía tan insondable e intimidatoria que la deseaba con una modalidad mística y en gran medida casta de lujuria. La inseguridad, un sentimiento que antes de su boda jamás lo había visitado, ahora se incrementaba año tras año. Si en el trabajo siempre se mostraba resuelto y lleno de confianza, en casa se volvía indeciso y tímido. Urdía intrincadas conjeturas en torno a ella, entretejidas con forzados vínculos causales que enseguida se expandían en forma de enormes redes de suposiciones, que luego deshilaba y volvía a tejer siguiendo patrones

distintos. Helen notaba aquella inseguridad y trataba de tranquilizarlo. Pero por mucho que lo intentaba (que no era poco), era incapaz de corresponder plenamente a los sentimientos de Benjamin. Aunque la impresionaban sus logros profesionales y la conmovía su devoción, y aunque siempre se mostraba amable, atenta y hasta cariñosa con él, había una fuerza pequeña pero inevitable, muy parecida a la repulsión entre dos imanes, que la llevaba a apartarse de forma proporcional a los acercamientos de su marido. Jamás se mostraba cruel o despectiva con él; al contrario, era una compañera considerada y afectuosa. Aun así, desde el mismo principio, Benjamin se dio cuenta de que faltaba algo. Y, consciente de que él lo sabía, Helen intentaba compensarlo de muchas formas atentas pero insuficientes. En aquellas ocasiones, Benjamin siempre experimentaba una emoción incompleta.

Alrededor de aquel núcleo de incomodidad silenciosa, lograron construir un matrimonio fuerte. Quizás una parte de aquella fuerza venía precisamente de ese vacío disonante y de la voluntad que mostraban ambos de compensarlo. Los dos sabían que, a pesar de sus diferencias, estaban en gran medida hechos el uno para el otro. Hasta que se encontraron, ninguno de ellos había conocido a nadie dispuesto a aceptar sus idiosincrasias sin cuestionarlas. Todas las interacciones en el mundo exterior habían implicado siempre alguna solución de compromiso. Ahora, por primera vez, experimentaban el alivio de no tener que adaptarse a las exigencias y protocolos inherentes a la mayoría de esos intercambios, ni tampoco dedicar una parte de su atención a la incomodidad que prevalecía siempre que se negaban a seguir aquellas convenciones. Y lo que era más importante, habían descubierto en su relación el placer del aprecio mutuo.

Aunque los Rask nunca dejaron de ser un enigma que cautivaba al círculo inmediato de personas que los rodeaban, la atención pública disminuía a un ritmo proporcional a la distancia a su centro. Las crónicas puramente ficticias de la vida de la pareja que se publicaban en las páginas de sociedad y en la prensa sensacionalista fueron menguando y volviéndose esporádicas y por fin se extinguieron; el enjambre de fotógrafos que merodeaba en torno a la casa familiar se dispersó; las escasas filmaciones llenas de grano de los recién casados, usadas una y otra vez en fantasiosos

reportajes, desaparecieron de los noticiarios. Debido a sus intereses mercantiles en perpetua expansión, Benjamin aparecía de forma habitual en la prensa, pero al cabo de un año las menciones a la señora Rask habían desaparecido, excepto por alguna referencia a su obra benéfica. Sola en la casa (las horas que pasaba Benjamin en la oficina se alargaron todavía más), generalmente desapercibida en las calles, y tras encontrar por primera vez a un grupo de gente afín con quien parecía posible la amistad, Helen estaba viviendo por fin la clase de vida que siempre le había parecido inalcanzable.

A pesar de que inicialmente Benjamin había deseado un sucesor, no veían necesidad de cuestionar ni de discutir las razones por las que no tenían hijos.



En general preferimos creer que somos los sujetos activos de nuestras victorias pero solo los objetos pasivos de nuestras derrotas. Triunfamos, pero no somos realmente nosotros quienes fracasamos: nos arruinan unas fuerzas que están fuera de nuestro control.

Durante la última semana de octubre de 1929, la mayoría de los especuladores —desde los poderosos financieros del downtown de Manhattan hasta el ama de casa aficionada que comerciaba con acciones en la Bolsa de San Francisco— tardaron apenas unos días en pasar de ser los agentes de su propio éxito, sin nada a lo que dar gracias más que su propia perspicacia y su voluntad infatigable, a ser víctimas de un sistema profundamente defectuoso y quizás incluso corrupto, el único responsable de su defenestración. Una caída en los índices, una epidemia de miedo, un frenesí de ventas impulsado por el pesimismo, una incapacidad generalizada para responder a las llamadas a reponer la garantía... Sea lo que sea lo que causó el desplome que a su vez se convirtió en pánico, una cosa estaba clara: ninguno de los que habían contribuido a inflar la burbuja se sentía responsable de su estallido. Eran las víctimas inocentes de un desastre que casi parecía natural.

Igual que había pasado en el Pánico de 1907, durante toda la semana del crac de 1929 los directores de los mayores bancos del país, junto con el director de la Reserva Federal de Nueva York y los presidentes y accionistas mayoritarios de los principales fondos de inversión y agencias de corretaje, celebraron reuniones secretas en busca de la mejor estrategia para apuntalar el mercado. Una vez más, como en 1907, la biblioteca de Morgan fue el escenario de noches enteras de conversaciones, esta vez

presididas por el hijo de Pierpont, Jack. Una vez más, se convocó a Rask para que prestara su consejo y su ayuda material. Y una vez más, Rask rechazó la invitación.

Pese al apoyo organizado de los banqueros, la intervención de los industriales y las declaraciones de los políticos y académicos que aseguraban una y otra vez que las condiciones del mercado eran «fundamentalmente sólidas», las acciones se siguieron desplomando. El lunes 21 de octubre se vendieron más de seis millones de acciones, un récord absoluto que dejó los tickers del país dos horas desfasados. Aquel volumen histórico se quedaría en nada en comparación con la histeria de los días siguientes. El jueves 24 se vendieron trece millones; el martes 29, más de dieciséis. Los tickers funcionaban con casi tres horas de retraso. Las multitudes abarrotaron Wall Street y se congregaron en las puertas de bancos y corredurías de todo el país. A medida que los fondos de inversión naufragaban y se devoraban a sí mismos, se produjo un maremoto de órdenes de venta sin compradores. Aquella ola rompió de forma inevitable, dejando tras de sí un océano estancado de acciones invendibles y un mercado en ruinas.

Solo un hombre pareció salir indemne de la catástrofe. Los perplejos colegas de Rask tardaron unos días en darse cuenta de la magnitud real de su situación. Pronto les siguió la prensa. Rask no solo había capeado la tormenta sin sufrir daños: de hecho, se había aprovechado colosalmente de ella. De forma discreta y a través de sus subsidiarias, y durante los meses de verano previos al desplome, había empezado a liquidar sus posiciones y a comprar oro, un activo que, atraído y devorado por la especulación, se había vuelto tan escaso en Wall Street como en Londres. Lo que llamaba todavía más la atención era la forma tan precisa en que había estado vendiendo al descubierto cantidades enormes de acciones de las mismas empresas que más tarde se verían especialmente perjudicadas y hasta destruidas por la crisis. Había negociado préstamos fragmentados de acciones a una miríada de agentes de bolsa cuando estaban en sus valores máximos y las había vendido de inmediato, mientras aún seguían en la cúspide. Como si hubiera sabido que el mercado se hundiría, simplemente había esperado a que aquellas mismas acciones tocaran fondo, las había vuelto a comprar a

precios irrisorios y se las había devuelto ahora sin valor a los mismos agentes, obteniendo unos beneficios colosales. Había algo escalofriante en el rigor sistemático con que había procedido, desde la elección de las compañías hasta los tiempos y la discreción de sus operaciones. Entretanto, mientras la operación estaba en marcha, se había desvinculado por completo de aquellas deudas convertidas en paquetes y vendidas como valores: todo ello se vendría abajo poco después. Incluso se había deshecho de todos sus fondos de inversión, incluido aquel que había diseñado para los trabajadores. El miércoles 23 de octubre, una avalancha descomunal de órdenes de venta inundó el recinto de la bolsa. Nadie sabía de dónde venía aquel alud, pero al cerrar Wall Street, solo dos horas más tarde, el mercado había caído más de veinte puntos. El día siguiente sería recordado como el Jueves Negro. Cinco días más tarde, el Martes Negro, el índice Dow cayó ochenta puntos; para entonces, las acciones ya se habían devaluado por una cantidad equivalente a la mitad del producto nacional bruto.

En medio de la desolación generalizada, entre los escombros, Rask era el único superviviente. Y más poderoso que nunca, ya que la mayor parte de las pérdidas de los especuladores habían sido ganancias para él. Siempre se había beneficiado del caos y la confusión, tal como había demostrado una y otra vez con sus magistrales operaciones durante los retrasos de los tickers, pero lo sucedido en los últimos meses de 1929 no tenía precedente.

En cuanto quedó clara esta situación, el público no tardó en reaccionar. Era Rask quien había diseñado todo aquel hundimiento, dijo la gente. Con astucia, había fomentado un apetito temerario por unas deudas que él siempre había sabido que no se podrían pagar. Con sutileza, se había quitado de encima sus acciones y había hecho caer el mercado. Con picardía, había filtrado rumores y alimentado la paranoia. Sin piedad, había hundido Wall Street y controlado el hundimiento con su avalancha de ventas en la víspera del Jueves Negro. Todo —las caídas del mercado, la incertidumbre, el pesimismo que había llevado a vender por pánico y en última instancia el desplome que arruinaría a multitudes— había sido orquestado por Rask. La mano tras la mano invisible era la suya.

A pesar de los discursos incendiarios, de las caricaturas en las revistas y periódicos (donde a Rask lo representaban casi siempre como vampiro,

buitre o cerdo) y de la proliferación de artículos de investigación turbios o directamente inventados sobre su carrera, nadie en su sano juicio creía que un solo hombre pudiera hundir la economía entera de un país, y de paso, también, la de la mayor parte del mundo. Sin embargo, a todo el mundo le resultaba conveniente tener un chivo expiatorio, y aquel excéntrico ermitaño daba el perfil perfecto. Aun así, aunque la crisis no la hubiera diseñado él, no cabía duda alguna de que Benjamin Rask había obtenido de ella unos beneficios incalculables. En los círculos financieros del mundo entero, e incluso entre las legiones de enemigos que se había ganado, aquello lo elevó hasta unas alturas divinas.



Querida Helen:

Sabes lo ocupada que he estado con el trabajo: charlas, reseñas, artículos et tedious caetera. Todo parece conspirar contra mi escritura. Y necesito terminar este manuscrito. Lo siento muchísimo, pero me voy a tener que retirar del programa de lecturas de tu encantadora biblioteca para el resto de la temporada. Por favor, deséame suerte con esta condenada novela mía.

Un cordial saludo,

WINNIE

Querida señora Rask:

Confío en que estas líneas la encuentren bien de salud. Llevo unos tres años organizando una serie de conciertos para la clase trabajadora de Cataluña, con la intención de llevar a los mejores solistas y directores del mundo hasta los obreros, agricultores y estudiantes. Esa Asociación Obrera de Conciertos la financio dando recitales privados, como el que iba a ofrecer en casa de usted la semana que viene. Tras enterarme recientemente de más detalles de la terrible crisis que ha sacudido en los últimos meses su país, sin embargo, me parece que el silencio es más pertinente que la música. A través de este silencio, confío en rendir homenaje al sufrimiento de los hermanos y hermanas americanos de los obreros catalanes a quienes

estaba destinado en última instancia el recital de la semana que viene. Confío en que usted y sus invitados me perdonen esta cancelación de último minuto.

Atentamente,

P. CASALS

Querida señora Rask:

Muchas gracias por su carta. Me encantaría poder pagarle por el apoyo que me ha brindado durante este último par de años. Pero, como ya sabe, mi editorial ha quebrado y en general no hay trabajo. Ahora que lo pienso, quizás a fin de cuentas YA LE HE PAGADO.

No me parece mala idea hacerme granjero y cultivar mi comida. Y si eso falla, albañil. Y si eso falla, me iré a Hollywood y escribiré para el cine. Aunque quizás llegue antes la revolución.

Un saludo cordial a usted y a su marido,

PEP

Señora Rask:

Quizás tenga usted la amabilidad de ayudarme a resolver una disputa que tuve el otro día con unos colegas poetas. ¿Dónde cree usted que habría alojado Dante a los sabios de Wall Street? ¿En el cuarto círculo del Infierno o en el octavo? ¿Codicia o fraude? De hecho, este podría ser un tema interesante para uno de sus próximos salones literarios. Por favor, dígame lo que piensa, si le sobra un momento. Y si no le sobra un momento, aceptaré diez centavos.

Suyo de muchas maneras,

SHELBY WALLACE

Querida H:

Perdón por cancelar en el último momento. Resfriado terrible. Suerte con la lectura de mañana.

Con afecto siempre,

MAUDE



Durante los meses siguientes al crac, todo el aire fue extraído de la casa, dejando tras de sí un vacío tenso y agudo. Era como si la realidad misma, con independencia de las percepciones de la gente, se hubiera quedado aturdida. Los que rodeaban a Helen simplemente se esfumaron. No todos. Quienes siempre habían intentado arrimarse a ella solo para estar más cerca de Benjamin vieron una oportunidad en la indignación pública y se presentaron a sí mismos como partidarios suyos a ultranza, lo bastante valientes y leales como para capear la tormenta del lado de sus difamados amigos. A Helen nunca le había importado aquel contingente servil, y tampoco le importaba ahora. Eran sus conocidos más recientes quienes se habían marchado en masa. Sin los escritores y músicos que habían ampliado su mundo en los últimos años, se volvió a encontrar en el silencioso escondite interior que la había cobijado durante su infancia y primera juventud, y obtuvo consuelo en sus antiguos hábitos solitarios, en sus libros, sus diarios y sus paseos. En el pasado había creído que aquel espacio interior suyo era igual de enorme y serenamente inexplicable que un cosmos. Ahora, en cambio, le parecía estrecho y plano. Ninguno de quienes impartían sus lecturas y conciertos, ni tampoco de quienes asistían a ellos, se había convertido realmente en amigo suyo, pero todos juntos, como grupo, habían llegado a ser una presencia necesaria en su vida. Le había perdido el gusto a la soledad.

Mientras la ciudad se hundía en la depresión posterior al crac, a Helen le empezó a costar cada vez más salir de casa. Sabía que apartar la vista de las familias sumidas en la miseria, las colas del pan, las tiendas cerradas y la desesperación presente en todas las caras demacradas era una forma

burda de autocomplacencia, pero también entendía que la angustia que sentía al hacer frente a aquella siniestra realidad era otro de sus privilegios. Helen tenía que reconocer aquella paradoja cada vez que salía a pasear, hasta la que se convirtió en su última excursión al sur del parque. Aquella tarde experimentó algo distinto. Todo empezó con una opresión cóncava en el pecho. Una perturbación en el aire. Fue incapaz de entender qué le estaba provocando aquel terror hasta que se dio cuenta de que se sentía observada. Miradas. Ceños fruncidos. Susurros. Por todas partes. Muecas. Insultos. Palabras masculladas. Por todas partes. Resultaba verosímil, e incluso era de esperar, que hubiera gente que la reconociera y la despreciara. Pero ¿todo el mundo? El odio resonaba en cada ruido: cada bocina, cada silbido y cada grito era un insulto. El odio manaba de cada ventana: sentía miradas de ojos entrecerrados que se clavaban en ella detrás de cada cortina y cada cristal tornasolado por el sol. El odio se retorció en cada mueca y en cada ademán; todo transeúnte era un juez implacable y obsceno. ¿Acaso la mujer de las maletas de cartón la había escupido al cruzar la calle? ¿Acaso aquel vendedor de periódicos había mascullado aquellas palabras brutales entre un extra y un titular? ¿Acaso aquellos hombres se habían hecho señas para seguirla? Por primera vez, y a plena luz del día, la poseyó la misma clase de terror que tan a menudo había poblado sus noches desde la infancia. Sabía que una parte de la hostilidad que sentía al caminar por la Avenida Lexington debía de existir —como sucedía durante sus noches de insomnio— solo en su mente. Pero estaba claro que casi toda era real. Su incapacidad para distinguir entre ambas era lo que más pánico le causaba. El mundo se volvió borroso; todos los sonidos se tornaron ecos; la sangre se le diluyó; el aire se espesó demasiado. Todo era un hormigueo.

Más tarde tendría el vago recuerdo de haber vuelto a casa a toda prisa, con la falda y los zapatos obligándola a trotar ineficazmente sobre los charcos. Risas.

Helen estaba dispuesta a aceptar las causas reales del ataque de pánico que había estado a punto de pulverizarla aquella tarde, y también a expiarlas. Pagaría por el sufrimiento que había contribuido a enriquecer a su marido de forma desmesurada. Su confinamiento en casa formaba parte de su castigo, aunque era consciente de que aquella reclusión estaba motivada

en gran medida por el miedo y la vergüenza, y por tanto le resultaba conveniente. Aun así, pese a que casi nunca salía, trabajaba sin descanso y se entregaba por completo a su obra filantrópica. Creaba incontables puestos de trabajo mediante la construcción de residencias nuevas por todo el país (que luego prácticamente regalaba a familias sin hogar), reabría fábricas y talleres cuya producción entera a veces compraba (y repartía de forma gratuita), concedía créditos sin interés a negocios que prometieran mantener las puertas abiertas (sin exigir nunca su devolución). Y todo esto lo hacía de forma tan anónima como le era posible.

La fortuna de Benjamin era tal que le permitía financiar las iniciativas altruistas de su mujer sin pensarlo demasiado. Completamente impasible a la realidad que lo rodeaba, no sentía necesidad ni tampoco obligación moral alguna de ayudar a nadie. Su vida, siempre circunscrita a su oficina y a su casa, permanecía inalterada. Para él, la recesión no era más que un acceso saludable de fiebre, tras el cual la economía se recuperaría, más fuerte que nunca. Creía que el crac había sido una lanceta aplicada a un absceso. Era necesaria una buena sangría para eliminar la hinchazón y que el mercado pudiera encontrar su verdadero fondo y reconstruirse sobre unos cimientos sólidos. Incluso había declarado públicamente que, dado que no se había producido una sola quiebra bancaria como resultado de la crisis, todo había formado parte de una beneficiosa purga.

Si ayudaba a Helen con sus iniciativas, era solo porque se preocupaba por su bienestar. Su mujer había cambiado, e incluso se había deteriorado, de forma bastante visible en el curso de los meses previos. Helen le aseguraba que su trabajo era su único placer, de manera que él, no sin reticencias, seguía financiando sus empresas, atribuyendo su desmejora a la falta de sueño y de descanso. Y en parte tenía razón. Era cierto que Helen apenas dormía, pero no porque estuviera enfrascada en su obra benéfica. De hecho, el trabajo le suponía una distracción grata de las causas verdaderas de su insomnio. Los miedos que acometían su mente en la oscuridad ya no eran incoherentes ni abstractos. Y tampoco los disipaba la luz del sol. Ni siquiera sus incansables deberes humanitarios, centrados en las fuentes más concretas de su ansiedad, la reconfortaban. Porque lo que temía ahora, después de aquella caminata por la Avenida Lexington, era que pudiera

estar afectando también a su cerebro la enfermedad que había poseído, transformado y consumido a su padre. Notaba que pensaba distinto, y sabía que en última instancia no importaba si aquella percepción se basaba en la realidad o en fantasías. Lo importante era que no lograba parar de pensar en sus pensamientos. Sus especulaciones se reflejaban sin cesar entre ellas, como espejos puestos en paralelo, y cada imagen que había dentro de aquel túnel vertiginoso miraba a la siguiente preguntándose si sería el original o una reproducción. Se decía a sí misma que aquello era el inicio de la locura. La mente se convertía en la carne destinada a sus propios dientes.

Dado que se sentía cada vez más perdida en la nueva arquitectura tiránica de su cerebro, y ya no confiaba en sus pensamientos ni en su memoria, empezó a recurrir a su diario, donde seguía escribiendo con tenacidad todos los días. Esperaba que la Helen del futuro, la que leería sus diarios, sería capaz de usar aquellos escritos para determinar cuánto se había adentrado en sus delirios. ¿Se reconocería en la página? En sus anotaciones nunca dejaba de dirigirse a sí misma, y de conminarse a creer que había sido efectivamente ella quien había escrito aquellas palabras en el pasado, por mucho que su futuro yo se negara a creerlo; por mucho que, cuando las leía, fuera incapaz de reconocer su propia caligrafía.

Helen nunca había compartido sus preocupaciones más íntimas con Benjamin, y ciertamente no iba a empezar a hacerlo ahora. Teniendo en cuenta cuán honda era su ansiedad, le resultaba un alivio que su marido se encontrara tan abstraído en sus propias preocupaciones. Después del crac, el Senado celebró audiencias ante la Comisión de Finanzas «a fin de investigar de forma exhaustiva las prácticas de los mercados bursátiles en relación con la compra y venta y el préstamo de valores en bolsa, los precios de dichos valores y los efectos de dichas prácticas». La comparecencia de Benjamin Rask ante los miembros del 72.º Congreso es del dominio público, y la versión impresa de su declaración, incluida en un tomo de 418 páginas, se encuentra a la disposición de cualquiera que desee examinarla. Las sesiones del Senado cumplieron con la función ceremonial de presentarle un puñado de villanos obvios al ciudadano indignado para que pudiera mirar con indignación la portada del periódico, murmurar unas cuantas maldiciones y luego olvidarse de ellos. No se esperaba que nadie

leyera las transcripciones en sí. Los pocos que lo hicieron, sin embargo, descubrieron que muchas de las sospechas acerca de las operaciones de Rask no se alejaban demasiado de la realidad. Sus respuestas a las complejas y acusadoras preguntas de los senadores se reducían, en la mayoría de los casos, a «sí, señor» y «no, señor», pero confirmaban que ciertamente se había deshecho de sus vehículos más volátiles en los meses previos al colapso, que había inundado el mercado de órdenes de venta en la víspera del Jueves Negro y que había provocado, de forma espectacular, el desplome subsiguiente. Pese a la retórica inflamada de sus interrogadores, se hizo evidente que ninguna de sus acciones había sido ilegal.



Con simetría perversa, mientras Benjamin se elevaba a nuevas alturas, el estado de Helen empeoraba. Incapaz de dormir, se pasaba las noches deambulando por la casa. Benjamin intentaba hacerle compañía durante aquellos paseos, pero ella se lo negaba. Puso al servicio entero de la casa a trabajar por las noches, pero ella los hacía marcharse. Le trajo cajas llenas de libros de Europa, pero ella ni siquiera cortó las páginas. Las instrucciones que Helen impartía en relación con sus obras benéficas se volvieron erráticas y contradictorias. Solo había una tónica que no parecía cambiar: todas sus conversaciones llenas de impaciencia con sus ayudantes terminaban con la conclusión de que lo que hacían no bastaba. Empezó a firmar cheques por cifras extravagantes y a autorizar gastos que no tenían conexión alguna con la realidad. Benjamin interceptaba todas aquellas transacciones y dejaba que Helen siguiera impartiendo órdenes sin consecuencias a sus asistentes. Al final, sin embargo, parecía abrumada. Casi aplastada por las gigantescas cifras y las complejas operaciones que había inventado para sí misma, se retiró de su trabajo imaginario. La paralizó una especie de agotamiento excitado y empezó a hacerse llevar las comidas a su habitación. Pero no había día en que no le recogieran los carros del servicio con los platos todavía cubiertos. Se limitaba a beberse los mismos jugos de frutas que habían sido la marca de la casa de sus cócteles.

Benjamin y Helen llevaban mucho tiempo trabajando con médicos y químicos farmacéuticos en busca de mejores tratamientos para los desórdenes psiquiátricos. Ahora él entendió que quizás a su mujer no la habían movido únicamente el altruismo o el recuerdo de su padre. Aun así,

no quiso implicar a nadie de fuera de la familia, sobre todo porque la forma callada de manía que sufría Helen no se correspondía con ninguno de los síntomas sobre los que había leído en el pasado. A veces escuchaba frente a la puerta de su esposa. El silencio activo del otro lado resultaba aterrador. Solo lo interrumpía un susurro esporádico de papeles, que confirmaba que Helen no estaba dormida sino escribiendo en su diario, llenando página tras página de un grueso cuaderno tras otro. Benjamin respetaba demasiado su privacidad para fisgar, pero en una ocasión, sabiendo que estaba en la otra punta de la casa, sí que examinó sus diarios. En todas las frases se entretejían el alemán, el francés, el italiano y quizás otros idiomas (se preguntó si serían realmente idiomas de verdad), formando unas trenzas que Benjamin, limitado al inglés, no podía desenredar. En uno de los cuadernos encontró una fotografía de Helen de joven que no había visto nunca. La mostraba de pie en medio de un desorden de piezas de atrezo y animales disecados, mirando directamente a cámara, con el desafío temblándole en los ojos. Benjamin se quedó observando la foto durante un momento peculiarmente largo. Nunca había mirado tanto tiempo a los ojos de su mujer. Ni ella a los de él. Por fin salió del trance, se guardó la imagen en el bolsillo, se aseguró de que todos los papeles estuvieran tal como los había encontrado y salió de la habitación. Pero mientras cerraba la puerta tras de sí, se detuvo, la volvió a abrir y regresó al escritorio. Devolvió la foto al diario donde la había encontrado y, ahora sí, salió con pasos rápidos y silenciosos.

Fue más o menos por entonces —y Benjamin no podía evitar pensar que era porque había notado que él había hurgado entre sus papeles— cuando Helen escondió todos sus diarios y empezó a escribir mientras caminaba. A veces parecía murmurar, como si se estuviera dictando a sí misma. Su deambular por la casa se fue circunscribiendo a unos perímetros cada vez más estrechos, que terminaron limitándose a la planta de su dormitorio. Una mañana, Benjamin la vio asomarse hacia arriba por el hueco de las escaleras. Parecía que estuviera mirando a través del techo y viendo el cielo. Con cautela, tocó el primer peldaño y retiró el pie de inmediato, como si acabara de mojarse los dedos con agua helada o hirviendo. Esperó un momento y lo volvió a hacer. Esperó y lo volvió a hacer. Luego probó la

escalera que bajaba al comedor. Su mirada se perdió en las profundidades de más allá del rellano de la planta baja. Por mucho que lo intentara, la punta de su zapatilla no consiguió pasar del borde del primer peldaño.

Si a Benjamin ya le había costado dirigirse a Helen durante sus años de mayor felicidad, ahora estaba completamente perdido. Cuanto más intentaba, tartamudeando, conectar con su mujer, más se retraía ella. Y si insistía demasiado o mostraba cualquier señal de preocupación, ella se retiraba a sus habitaciones y solo se la podía persuadir para que saliera dejándola absolutamente en paz durante varios días. Después de uno de aquellos intentos —Benjamin había venido con libros nuevos que se había ofrecido a leerle—, Helen se recluyó durante un periodo especialmente largo. El zumo permanecía intacto junto a su puerta. Se negaba a contestar a las súplicas de sus sirvientas. En el interior se oían pasos y un susurro de papeles.

Helen llevaba dos días enteros sin sustento alguno cuando Benjamin decidió pasar a la acción. A través de la puerta le dijo que, si no abría de inmediato, forzaría la cerradura. Tras algunas muestras audibles de vacilación, Helen abrió. Benjamin dio un paso atrás, aturdido en un primer momento por el olor y por la visión que tenía delante. Y peor que el tufo a podredumbre era el hedor floral y dulzón de los muchos perfumes que Helen había rociado en un intento de camuflarlo. Benjamin parpadeó para sobreponerse al olor y por fin, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la habitación, vio que Helen tenía sangre en los brazos y en el pecho. No había duda acerca del origen de las heridas. Allí estaba plantada su mujer, demacrada y abstraída, sin parar de rascarse las ampollas purulentas. Las escamas y vesículas del eccema le subían por el cuello y el liquen rojo ya le había colonizado el mentón.

Aquello hundió a Benjamin. Solo entonces, viendo la violencia en la superficie, entendió el tumulto interior. Rompió a llorar, a solas, en su despacho.

El mejor rumbo que podía seguir, decidió, sería hablar con la señora Brevoort, que estaba en una posición inmejorable para comparar el estado de su hija con el de su marido y así determinar si la enfermedad de Helen era de naturaleza hereditaria.

Con el paso de los años, madre e hija se habían distanciado. Tras enterarse de la desaparición de su padre, Helen había dejado de esforzarse por soportar la bulliciosa forma de vida de la señora Brevoort. Apenas visitaba el apartamento de su madre y nunca la invitaba a la casa. Lo que hacía era llamarla por teléfono aproximadamente una vez por semana, y en aquellas conversaciones la señora Brevoort siempre se mostraba risueña, desenfadada y rebosante de anécdotas. Pero nunca le respondía, de manera que Helen, a modo de experimento, dejó de llamarla. Hacía casi un año de la última vez que habían hablado. En aquella ocasión, la señora Brevoort había descrito con gran detalle, y con la interrupción de sus propias risas, una broma que sus amigas y ella le habían gastado a un sombrerero. Esta vez, sin embargo, cuando Benjamin la llamó para hablarle de la situación en la casa, la mujer adoptó un tono trágico, decidió que tenía que ver a su hija de inmediato y no se dejó convencer de que su presencia podía trastornar todavía más a Helen. La señora Brevoort le colgó el teléfono a un suplicante Benjamin y al cabo de unos minutos ya estaba en su puerta, excitada por todo aquel dramatismo y visiblemente contenta de encontrarse agitada y un tanto jadeante.

Una vez más, Benjamin cuestionó que fuera buena idea enfrentarse a Helen: él solo había querido describirle los síntomas y confirmar si le recordaban a la afección de su marido. La señora Brevoort no quiso saber nada de aquello. Sin quitarse el abrigo ni el sombrero, subió corriendo, con aflicción resuelta, las escaleras que llevaban a las habitaciones de su hija. Benjamin le iba pisando los talones. La señora Brevoort ni siquiera se detuvo un momento ante la puerta: la abrió sin llamar, con un solo movimiento abrupto. Catherine y Benjamin se quedaron petrificados, estupefactos por la figura que tenían delante.

Helen estaba plantada en mitad de la habitación, mirando hacia la puerta. Había algo regio en la simplicidad griega de su camisa de dormir, algo marcial en su pelo alborotado y sus cicatrices y algo angelical en su inmovilidad victoriosa.

Al cabo de un momento dio un paso adelante, buscó su reflejo en los ojos de su madre y le ofreció una hoja de papel. La señora Brevoort miró

primero las manchas que le había dejado la tinta fresca en los guantes de piel de cabrito y por fin leyó las líneas garabateadas en la página.

He oído tu aroma.

He oído tus andares afectados.

Instituto Médico-Mecánico.

Me has de depositar en Suiza.

CUATRO

En efecto, Helen ingresó en el Instituto Médico-Mecánico, pero su madre no tuvo nada que ver con los preparativos del viaje a Suiza. De hecho, tras ver a su hija tan deteriorada, se marchó a toda prisa de la casa y ya fue incapaz de volver a visitarla: era simplemente demasiado doloroso, alegaba, sin secarse las lágrimas de la cara, y ella estaba simplemente demasiado desconsolada.

Fue Benjamin en persona quien se ocupó de los preparativos. De entrada, supuso que la petición que había hecho Helen de que la llevaran a Bad Pfäfers era una respuesta a la repentina aparición de su madre, que debió de agudizar el dolor que le causaba el que a su padre se lo hubiera llevado la misma enfermedad que ahora la estaba reclamando a ella. También sospechaba que solo había efectuado la demanda para atacar a la señora Brevoort, y de hecho como ataque había sido muy eficaz. A lo largo de las semanas siguientes, sin embargo, Helen se mostró inflexible en su petición. Era en Bad Pfäfers donde encontraría la paz y donde sabía que se curaría.

Benjamin hizo que sus socios de Productos Farmacéuticos Haber, en Berlín, examinaran hasta el último aspecto del Instituto: desde sus estados de cuentas y su infraestructura hasta los registros de todos los empleados y los perfiles de sus pacientes. Al principio su idea era llevar allí a Helen solo durante un periodo breve para satisfacer su capricho (pese a albergar en secreto la esperanza infundada de que el *shock* que le produciría visitar aquel lugar tan traumático para ella la curaría milagrosamente), pero tras recibir el informe de Haber se convenció de que, a fin de cuentas, Bad Pfäfers quizás fuera el lugar indicado para su mujer.

El doctor Bally, el director que había admitido al padre de Helen, había muerto unos cinco años después de la guerra, y ahora estaba a cargo del establecimiento el doctor Helmut Frahm. De acuerdo con los hombres de Benjamin, bajo la dirección del doctor Frahm el Instituto se había ganado una reputación excelente gracias al tratamiento de las enfermedades mentales, y en particular de los desórdenes emocionales: las distintas formas de neurosis, fobias, variedades agudas de melancolía y demás. Antes de la guerra, la clínica había sido más bien un balneario, con un acercamiento global y un tanto vago a las aflicciones nerviosas, basado en las curas de descanso y la hidropatía. Ahora, sin embargo, ofrecía tratamientos clínicos más específicos, y estaba llevando a cabo un estudio pionero sobre las aplicaciones psiquiátricas de las sales de litio, que Productos Farmacéuticos Haber seguía con gran interés. En suma, las credenciales del doctor Frahm eran impecables, y se podían encontrar descripciones de sus modernos métodos y de su línea de investigación farmacológica en los muchos textos académicos que había publicado en alemán en toda una serie de revistas médicas revisadas por pares, varios ejemplares de las cuales se incluían en el informe. En suma, los informadores de Benjamin concluían que el Instituto Médico-Mecánico era un establecimiento que gozaba de buena reputación. Aun así, planteaban objeciones al sesgo ligeramente psicoanalítico del doctor Frahm y se tomaban la libertad de recomendar en su lugar al doctor Ladislav Aftus, de Berlín, cuyo trabajo conocían de primera mano. El doctor Aftus estaba desarrollando un prometedor fármaco nuevo para Productos Farmacéuticos Haber, y la señora Rask parecía ser exactamente el tipo de paciente que se podría beneficiar de su innovador tratamiento.

A Benjamin le resultó alentador el informe sobre Frahm y el Instituto. Por un momento se planteó recurrir al doctor Aftus y a su nuevo fármaco: habría sido conveniente mantener la enfermedad de Helen bajo el dominio de la Farmacéutica Haber, un entorno que él controlaba. Pero era reticente a mezclar aquella situación tan delicada con sus negocios. Y Helen se mostraba muy enfática acerca de Bad Pfäfers y el Instituto. Quizás también poseyera cierto valor terapéutico la ubicación misma, que apelaba a Benjamin por razones distintas. Bad Pfäfers estaba lejos de cualquier ciudad

importante, y resultaba lo bastante inconveniente para cualesquiera conocidos con buenas intenciones que se pudieran plantear una visita mientras veraneaban en la región, y de acceso decididamente incómodo para la prensa.

Siempre a través de sus intermediarios alemanes, Benjamin pidió un ala entera del Instituto Médico-Mecánico. Tras estudiar los planos del sanatorio, llegó a la conclusión de que la sección norte del complejo, situada lejos de la capilla y de los baños, les concedería una mayor intimidad. Los representantes de Benjamin trazaron una propuesta para el Instituto que incluyera todas sus peticiones. El señor Rask deseaba se vaciara el pabellón de pacientes de inmediato, y prometía pagar el equivalente al alojamiento, la manutención y los tratamientos completos correspondientes a todas las habitaciones vacías durante el tiempo que fuera necesario. El edificio, sin embargo, debía mantener a todo su personal, y el señor Rask se reservaba el derecho a traer a médicos de fuera en cualquier momento para supervisar el estado de su mujer. Habría que llevar a cabo rápidamente unas cuantas renovaciones menores para que el pabellón fuera del todo autónomo respecto al resto del Instituto, y también para garantizar la comodidad de la señora Rask. Todas las modificaciones, que (no hacía falta decirlo) serían financiadas por el señor Rask, venían marcadas y descritas en los planos. El documento concluía ofreciendo al director una cantidad sustancial a modo de compensación por cualesquiera trastornos que aquellas disposiciones pudieran causar.

El doctor Frahm rechazó la oferta de los agentes de Benjamin con unas pocas frases escuetamente corteses. El instituto no requería renovaciones, no buscaba el respaldo de médicos externos y, por suerte, tampoco necesitaba asistencia financiera. Benjamin, a su vez, respondió con una carta personal donde intentaba transmitirle al doctor Frahm la urgencia del caso y las connotaciones personales que tenía Bad Pfäfers para su mujer. A modo de conclusión, prometía una donación libre de restricciones de lo más generosa, así como la financiación de un edificio completamente nuevo destinado a cualquier rama de investigación que al director le pareciera adecuada. El doctor Frahm no contestó. Dos semanas después de que llegara la carta de Benjamin, apareció un artículo breve en la *Deutsche*

Medizinische Wochenschrift donde se cuestionaba el protocolo de investigación desarrollado por el doctor Frahm en relación con las aplicaciones clínicas de las sales de litio y de otras sustancias nuevas sobre las que la comunidad científica disponía de información escasa y poco concluyente. La revista aseguraba que estaba llevándose a cabo una investigación sobre los métodos del doctor Frahm y prometía seguir el caso a medida que fuera habiendo informes disponibles. Poco después de la publicación del artículo, el Instituto experimentó escasez de muchos de los fármacos cruciales para los tratamientos que ofrecía. Todos estaban patentados por Productos Farmacéuticos Haber.

Antes de final de mes, el ala norte había sido vaciada de pacientes y ya estaban en marcha las reformas.

Igual que su mujer había intentado distraerse de sus síntomas iniciales trabajando sin tregua en sus obras benéficas, Benjamin huyó ahora de su pena obsesionándose con todos y cada uno de los detalles relativos al Instituto. Renovar el mobiliario del pabellón, conseguir al mejor personal disponible y preparar a Helen para el viaje se convirtieron en sus únicas preocupaciones. Por primera vez en su vida, sus negocios eran algo que estaba de más, una obligación tediosa: las operaciones diarias se las había delegado a Sheldon Lloyd, y se irritaba cuando alguien le venía con consultas relacionadas con el trabajo. Lo único que le proporcionaba cierto consuelo era su gestión activa de la enfermedad de su mujer. Siempre había tenido miedo de perder a Helen: de perder su interés, de que se la robara alguien. Y ahora había sucedido. Ella se había ido, lo había abandonado por algo que la llamaba con una vehemencia irresistible. Se descubrió a sí mismo celoso de la enfermedad, que exigía y obtenía toda la atención y energía de su mujer, y le avergonzaba admitir que estaba furioso con Helen por hacer todo lo que le ordenaba su oscuro amo.

Benjamin intentó no ceder a aquel resentimiento irracional y más bien informe, reprimiéndolo en cuanto emergía e impidiendo que afectara para nada a su relación con Helen. Era un enfermero cariñoso que entendía que su amor se manifestaría mejor si lo inhibía: estaba presente pero de forma discreta; se mostraba solícito pero distante. Debilitada por su largo ayuno y por su incansable manía, Helen permanecía confinada en cama la mayor

parte del tiempo. El implacable monstruo rojo y plano que le roía la piel la reducía constantemente al llanto. Ahora había médicos y enfermeras comprometidos con su cuidado, principalmente para tratar su malnutrición, vendarle el eccema con compresas y administrarle morfina, que le concedía cierta calma. Estaba aturdida, siempre a punto de dormirse o recién despierta, y aun así demasiado excitada y locuaz como para descansar de verdad. En las pocas ocasiones en que Helen solicitaba su presencia o se mostraba consciente de ella, Benjamin demostró cierto talento para seguir el hilo de sus incoherentes monólogos, sonriendo en los momentos indicados, mostrando indignación comprensiva cuando era pertinente y respondiendo a sus preguntas sin asomo de condescendencia. Siempre le tomaba la mano cuando hablaban. Y a veces Helen, aunque su mirada estuviera clavada en visiones lejanas, le acariciaba el pulgar con el suyo.



La mañana reveló una blancura todavía más intensa en las nieves inmutables que coronaban las cimas de ambos lados del valle; una blancura que más tarde, bajo el sol de mediodía, se convertiría en esquirlas cegadoras. Por el cielo salpicado de pequeñas nubes sólidas resonó una bucólica campana, mientras que los pájaros invisibles se mostraron, una vez más, incapaces de romper su sometimiento a sus dos o cuatro notas. El aire traía un aroma a agua, piedra y cosas largo tiempo muertas que ahora encontraban oscuramente el camino de regreso a la vida en las profundidades de la tierra empapada de rocío. Durante aquella hora despoblada, los edificios dejaban de ser objetos artificiales e industriales para revelar la naturaleza fosilizada en ellos y manifestar su presencia mineral. La brisa se disolvió en un aire más inmóvil; las copas de los árboles, tan verdes que se veían negras sobre el fondo azul, dejaron de mecerse. Por un momento no hubo conflicto y todo quedó en paz, como si el tiempo hubiera llegado a su destino.

Luego una enfermera con una compresa, un jardinero con un rastrillo, un médico con sus notas y una sirvienta con una infusión lo volvieron a poner todo en marcha. El picor, el agotamiento, las palabras, los pensamientos que había tras ellas y el ruido de su misma existencia, mucho más intenso que el mundo.

En cuanto ingresó en el Instituto Médico-Mecánico, Helen había visitado la habitación de su padre. A fin de que pudiera recorrer las instalaciones acompañada de su marido y del doctor Frahm, se hizo salir al jardín a todos los pacientes alojados en el mucho más modesto pabellón este, siempre húmedo y cubierto de musgo por estar a la sombra perenne de

dos escarpados barrancos. En la angosta habitación parecía poner siempre su mirada distraída un poco más allá de cada objeto. Eran sus dedos los que exploraban el espacio, deslizándose con suavidad por encima de las superficies o palpando de forma dubitativa una jofaina o el respaldo de una silla, como si no estuviera segura de su consistencia ni de su temperatura.

El doctor Frahm le hizo una seña a Benjamin para que saliera. Rask no pudo disimular la indignación y le dio la espalda al médico, fingiendo que no había visto su gesto. Pero no pudo pasar por alto la mano que le puso Frahm en el hombro, ni la petición expresada con su fuerte acento de que los dejara a solas un instante. Benjamin miró la mano blanda que tenía en el hombro; el doctor Frahm la retiró para mostrarle la puerta; Benjamin bajó la mirada indignada y anunció que esperaría fuera.

En cuanto estuvieron a solas, Frahm invitó a Helen a tumbarse en la cama, puso una silla detrás del cabezal de hierro, se sentó y le preguntó en alemán qué imagen de su padre le evocaba aquella habitación. ¿El hombre que había presidido su infancia o el inválido de su adolescencia?

Helen aparentaba más serenidad en alemán. Aunque lo hablaba con una naturalidad notable, también tenía unas lagunas enormes, como suele suceder con quienes han aprendido un idioma por su cuenta y de cualquier manera. Como se veía obligada a menudo a hacer pausas y encontrar circunloquios para salvar vacíos gramaticales y ausencias léxicas, daba la impresión de que lograba aplacar su ansiedad, o de que cierta medida la controlaba. Pero su alemán, como todos los idiomas extranjeros que hablaba, procedía de unas fuentes inusuales, desconectadas del habla cotidiana: libros pasados de moda y el parloteo afectado de aristócratas desposeídos y diplomáticos de salón. Eso les daba a sus palabras una cualidad barroca y teatral que, hasta cierto punto, deshacía la ilusión de cordura creada por su ritmo más lento, puesto que, a pesar de su elegancia innata, sonaba como una mala actriz con demasiado maquillaje.

La pregunta del médico la hizo reírse por lo bajo. Había que ser tonto para hacer aquella distinción entre pasado y presente. El futuro irrumpe en todos los momentos, con el deseo de hacerse realidad en todas las decisiones que tomamos: siempre intentando, a toda costa, convertirse en pasado. Es eso lo que distingue el futuro de las simples fantasías. El futuro

sucede. El Señor no arroja a nadie al infierno: los espíritus se arrojan a sí mismos, de acuerdo con Swedenborg. Los espíritus se arrojan ellos solos al infierno por elección propia. ¿Y qué es una elección sino una rama del futuro que se injerta en el tallo del presente? ¿Padre pasado? ¿Padre futuro? Helen se volvió a reír y pasó a hablar del tema de la jardinería en relación con la alquimia. El doctor Frahm, sin embargo, sabía que Swedenborg había jugado un papel importante en la educación de Helen, e insistió cortésmente en aquella vía de acceso a su infancia, retomando al mismo tiempo la insinuación que había hecho Helen de que su padre había elegido el infierno para sí mismo. Ella siguió hablando, con la mirada clavada en una mancha de moho que había en el techo y que parecía una peonía negra.

El doctor Frahm empezó a quitarle la medicación a su paciente poco después de que llegara al Instituto. Quería observar sus síntomas en su forma más pura, sin interferencias, dijo, y después probar una dosis mínima de sales de litio. Tras reducírsela gradualmente, y cuando ya estaba a punto de quitarle los sedantes, la manía de Helen alcanzó un punto crítico. Benjamin exigió que a su mujer se le restituyera la medicación. El psiquiatra, sin dejarse amedrentar por su tono, dijo que necesitaba unos días más. Al cabo de una semana, y desmintiendo los peores miedos de Benjamin, hubo signos de una ligera mejoría. Helen seguía mostrándose incoherente y locuaz, sí, pero su incapacidad para encontrar jamás la salida de sus laberintos verbales la dejaba agotada, lo cual, a su vez, la tranquilizaba un poco. El doctor Frahm explicó que la paciente estaba revirtiendo su estado maníaco contra sí mismo: su insomnio y su actividad mental frenética, junto con la disminución natural de ciertas hormonas y su régimen físico, terminarían ejerciendo un efecto narcótico. Necesitaba vaciarse de energía; necesitaba ejercicio; necesitaba aire.

Y así fue como a Helen, después de cada una de esas noches de insomnio que se pasaba hablando con enfermeras silenciosas, empezaron a llevarla al jardín con las primeras luces del alba y dejarla a solas en una otomana orientada a las montañas. Quitándose de encima las mantas cuidadosamente remetidas, continuaba con su soliloquio. A medida que salía el sol, sin embargo, sus monólogos se reducían a murmullos esporádicos, que a su vez se disolvían en el silencio. Durante una hora más

o menos, disfrutaba del éxtasis de la impersonalidad, de convertirse en percepción pura, de existir solo como algo que veía las cimas de las montañas, oía la campana y olía el aire.



Benjamin estaba fuera de lugar, separado de su elemento natural por varias capas de extrañeza. Por primera vez en su vida era un extranjero, y aunque había reproducido su rutina en América de forma casi perfecta, tras haberse llevado con él a sus sirvientes más cercanos (junto con su chef y sus muebles y la mayoría de los accesorios que lo rodeaban en Nueva York), lo irritaban y hasta lo ofendían todas las peculiaridades «europeas» que conseguían infiltrarse en su entorno. El idioma alemán, con sus sonidos serrados e indescifrables, formaba parte de una conspiración generalizada en su contra. Las colinas deshabitadas, el horizonte vertical de los Alpes y la naturaleza a duras penas domesticada que rodeaba el Instituto le hacían sentirse náufrago. Y aunque su mujer seguía siendo su principal preocupación, estar lejos de su negocio le había empezado a pasar factura físicamente, provocándole una mezcla de aturdimiento y asfixia leve. Las líneas telefónicas todavía no llegaban al Instituto, las señales de radio eran demasiado débiles en aquel valle profundo rodeado de montañas altas y el sistema de repetidores que Rask había diseñado para transmitir la información de Nueva York y Londres a Bad Pfäfers resultaba demasiado lento. La evolución del mercado solo le llegaba en forma de «noticias», que es como la prensa se refiere a las decisiones tomadas por otra gente en un pasado reciente.

Reducido a espectador ocioso del mundo de los negocios, Rask centró toda su atención en el tratamiento de su mujer. Desde las negociaciones iniciales, cuando Benjamin había intentado conseguir un pabellón entero del instituto, el director le había dejado claro que no le intimidaba la riqueza del financiero. Por entonces, a Rask, harto de la aquiescencia servil de los

lacayos y de los aduladores, aquella reacción le había resultado refrescante e incluso halagüeña. Respetaba la pasión que mostraba el doctor Frahm por su arte, su negativa a someterse a las exigencias externas y su indiferencia a las seducciones vulgares del dinero. Todo eso le había hecho creer que Helen estaba en buenas manos. Ahora, en cambio, cuando no tenía nada más en que ocupar la mente que la evolución diaria del tratamiento, aquella firmeza y aquella rectitud moral que antes había admirado en el médico se habían convertido en motivo constante de frustración y resentimiento. Frahm lo evitaba y solo le ofrecía informes breves y esquivos durante sus reuniones, que eran invariablemente interrumpidas por alguna enfermera o colega que requería la atención de *Herr Direktor*, una artimaña patética que se les enseñaba a todas las secretarias de Nueva York. Se limitaba a rechazar sus sugerencias, sus referencias y sus contactos en el mundo farmacéutico con algo que Benjamin estaba seguro de que era desdén. A fin de que su mujer pudiera obtener el suficiente «aire», le habían reducido al mínimo el contacto con ella. ¿Y cuáles eran los métodos de aquel médico, a fin de cuentas? ¿No administraba fármacos? ¿Qué eran aquellas sales? Y todas aquellas conversaciones, ¿de qué trataban?

No había nada en los métodos del doctor Frahm que pareciera regular ni predecible. A veces tenía muchas reuniones con Helen en una misma tarde y otras veces suspendía sus sesiones durante varios días sin razón aparente. Las consultas podían tener lugar en cualquier parte —en la habitación de ella, en los jardines, en su despacho o en el gimnasio—, y podían terminar de golpe al cabo de pocos minutos. Todas aquellas anomalías desconcertaban a Benjamin, que las atribuía a una actitud caprichosa y poco profesional y a una ausencia generalizada de método. Frustrado, plantó cara al doctor Frahm y le exigió una explicación.

El doctor Frahm le habló en un inglés académico, imperfecto y brusco. En vez de reprimir las diatribas incontenibles de la señora Rask y redirigirlas al terreno de la normalidad (o bien amordazarla con sedantes), le explicó, deseaba promover sus monólogos. Si Helen no podía parar de hablar era porque no podía parar de intentar explicar su enfermedad: su deseo de entender su propia enfermedad *era*, en gran medida, la enfermedad misma. Si Frahm la escuchaba y la enseñaba a escuchar, pronto descubrirían

que sus peroratas interminables estaban llenas de instrucciones en clave. Cada vez que se encontraba con uno de aquellos momentos reveladores del discurso de la señora Rask en los que su enfermedad arrojaba luz sobre sí misma, interrumpirla repentinamente servía para subrayar la epifanía y obligarla a escucharse. Por eso había muchas sesiones que eran tan cortas. Y si tenían lugar en cualquier parte (y en cualquier momento), era para inculcarle a la paciente la idea de que su examen de sí misma no debía limitarse a una oficina, sino que era un proceso continuo. Por medio de aquellas sesiones «por sorpresa», Frahm quería enseñarle a tenderse emboscadas a sí misma.

Rask acusó al médico de freudismo y le dijo que no pensaba tolerar que se expusiera a su mujer a semejantes charlatanerías. Frahm se rio y descartó aquella acusación con un gesto de la mano. Había conocido al profesor Freud, sí, y había aprendido un par de cosas de su método de terapia oral. Pero lo que el señor Rask estaba pasando por alto, explicó el director mientras lo reclamaba una enfermera, era el énfasis que hacía su Instituto en el cuerpo. Baños termales, calistenia, reposo inducido, caminatas, tratamientos con corrientes galvánicas y farádicas, *Luftliegekur*, dieta vegetariana estricta, contrología, homeopatía y, por encima de todo, las sales. Como seguramente *Herr* Rask podía ver, en el Instituto Médico-Mecánico no reducían el cuerpo a una simple metáfora. Bad Pfäfers no era Viena.

Aparte de su hábito de dar largos paseos, Helen nunca había realizado ninguna clase de ejercicio físico regular. En cuanto le quitaron todos los tranquilizantes, sin embargo, su rutina diaria empezó a girar en torno a las actividades que Frahm le había enumerado a su marido, y ella las acometió con ganas. Cuanto más cansaba a su cuerpo, más tranquila estaba su mente. Disfrutaba en particular de las lecciones de boxeo que seguían a su calistenia. Cuando peleaba, sentía destellos de su antiguo yo en su confusa oscuridad interior. Todas las tardes antes de la cena, tomaba los baños y se quedaba adormilada mientras los músculos calientes se le derretían en las cálidas aguas curativas. Poco a poco, su cuerpo le estaba enseñando a guardar silencio de nuevo. A veces, después de un buen día, solo quedaba un silencio jadeante. Hasta la piel se le había tranquilizado. Quizás como

resultado de las aguas, su eccema, que le había convertido hasta el último poro en una pequeña boca vociferante, había remitido. Ya no necesitaba que le pusieran cataplasmas y gasas todo el tiempo, y hasta se podía aplicar ella sola el alcanfor y el ungüento de caléndula.

El ajetreado horario de Helen incluía dos horas de visitas, una después del desayuno y otra durante la merienda, y ambas las pasaba con su marido. Al principio la presencia de Benjamin no parecía afectarla de ninguna manera. Apenas reparaba en él y se dedicaba a hablar sola, normalmente mientras escribía: el doctor Frahm se había enterado de la existencia de sus diarios y la había animado a retomarlos. A medida que pasaba el tiempo y la mente parecía asentársele, Helen empezó a sentirse segura sin necesidad de rodearse de un parapeto de palabras. Sus frases todavía tenían tendencia a convertirse en torrentes de asociaciones libres, pero ahora nacían de fuentes razonables, y a menudo llegaban a alguna clase de conclusión, a veces incluso seguida de una pausa. Empezó a ser posible tener algo parecido a una conversación con ella. Y junto con esa mejora, se restableció, y quizás incluso aumentó, la distancia que siempre había separado a Helen de Benjamin. Ella lo reconocía, sí, e incluso era cortés con él, pero de una forma que a su marido le resultaba escalofriante. Los esfuerzos que había hecho Helen antaño por intentar cerrar el espacio que los separaba ahora habían cesado. Aquellos intentos afectuosos habían estado en la base de su matrimonio, y a lo largo de los años a Benjamin lo habían conmovido sus esfuerzos, a los que atribuía aún más valor que al amor espontáneo (que, creía él, no era una cuestión de elección, ni tampoco el resultado de ningún esfuerzo, sino simplemente una especie de hechizo fatídico que reducía a su víctima a un trance pasivo). Ahora, en cambio, lo que veía en los momentos más lúcidos de su mujer eran buenos modales y consideración cortés. Quizás le estuviera pidiendo demasiado a su precaria convalecencia, pero la corriente de su enfermedad parecía habérsela llevado lejos, y ahora Helen estaba emergiendo en una costa nueva y remota desde la que él solo era visible como contorno.

Si su apatía hubiera sido universal, Benjamin habría estado dispuesto a aceptar la lejanía de Helen como parte de su proceso de curación, o incluso como la circunstancia permanente bajo la cual había recuperado la cordura.

A medida que mejoraba, sin embargo, su frialdad parecía estar reservada únicamente para él. En los últimos tiempos la había visto sonreír durante sus conversaciones en alemán con las enfermeras. Su tono con ellas, a pesar de la dureza del idioma, era más gentil. Las miraba a los ojos. Los gestos daban vida a sus palabras. Una vez, al volver de un breve paseo, la vio sentada en la hierba con el doctor Frahm. Se estaba riendo.



Con discreción, los criados americanos de Rask empezaron a meter las cosas en los baúles y cajas que habían traído del otro lado del Atlántico. Benjamin decidió que ya había atendido la petición de su mujer con los dos meses que habían pasado en Bad Pfäfers: ahora le había llegado el momento de volver a tomar el mando y determinar la dirección de su tratamiento. Consciente de que Helen se opondría a su partida (y de que el doctor Frahm les aconsejaría que no se marcharan), continuó con sus preparativos en secreto. No revelaría su decisión a nadie hasta la misma víspera de su viaje. Ya se había puesto en contacto con sus socios de Productos Farmacéuticos Haber con la idea de llevarse a Helen a Alemania para que la examinaran y la diagnosticaran los médicos de su recomendación. Todo estaba casi listo: una casa amueblada en Berlín, las pocas cosas que se llevarían y las disposiciones para que la mayor parte de sus pertenencias fueran enviadas en barco de vuelta a Nueva York. Faltaban pocos días para marcharse cuando se enteró de que Helen había desaparecido.

Durante la media hora que quedaba entre su primer baño y el desayuno, se había producido un problema de comunicación entre la enfermera de guardia, que no hablaba inglés, y la sirvienta, que no hablaba alemán. Cada una de ellas había creído que la otra estaba a cargo de Helen. Pronto se hizo evidente que la señora Rask había creado aquella confusión de forma deliberada para poder escabullirse. En cuanto le notificaron lo sucedido al doctor Frahm, mandó a varios escuadrones de enfermeras, camilleros y camareras para que registraran el ala norte. Luego amplió la búsqueda al

resto de los edificios y a los terrenos. Cuando estuvo seguro de que la paciente había abandonado las instalaciones, llamó al señor Rask.

Benjamin sabía que no le convenía perder la compostura cuando más la necesitaba. Con aquella voz contenida que tanta gente había intentado imitar sin éxito en los círculos empresariales de Nueva York, mandó sus coches a las aldeas situadas al norte y al sur del Instituto con instrucciones (y dinero) para alistar a sus habitantes en la búsqueda. Helen no podía haber escalado las escarpadas montañas que se elevaban al este y al oeste: debía de haber seguido alguna de las carreteras y después deambulado por las colinas menos abruptas que las rodeaban. Si los aldeanos peinaban las inmediaciones de las dos carreteras que llevaban al Instituto, la encontrarían. En cuestión de horas, se desplegó un ejército de labradores, lecheras y pastores por las laderas, los bosques y las cañadas.

Mientras esperaba noticias, Benjamin convocó al doctor Frahm en sus aposentos para comunicarle que se marchaban. El director entró, contempló el equipaje listo y dijo que lamentaba comprobar que eran ciertos los rumores de su partida. Benjamin se indignó al enterarse de que los habían espiado y convertido en objeto de habladurías. Los rumores debían de haber llegado hasta su mujer, provocando su huida. Benjamin culpó de su desaparición a la indiscreción del personal y a la negligencia del director.

El doctor Frahm hizo caso omiso de aquellas acusaciones y con unas pocas frases apasionadas pero frías intentó explicarle que Helen había realizado progresos considerables, que había respondido bien a las sales y que ahora entendía mucho mejor su enfermedad gracias a sus sesiones con él. Era absolutamente necesario, le dijo, que Helen se quedara y terminara su tratamiento. Por extraño que pareciera, había que interpretar el hecho de que estuviera recreando la fuga de su padre como un signo de mejora.

Benjamin tachó al doctor Frahm de fabulista y charlatán. Justo cuando el director estaba diciendo que la antipatía que Benjamin y él sentían el uno por el otro no tenía que ser un obstáculo para el bienestar de la señora Rask, alguien llamó a la puerta. Entró en la habitación uno de los conductores. Habían encontrado a la señora Rask. Un jornalero la había divisado bebiendo de un arroyo. Mientras Benjamin salía a toda prisa, el chofer lo

puso sobre aviso de que las ampollas que su mujer tenía en la cara eran feas, muy feas.



El ala norte cortó sus lazos con el Instituto. Las puertas que daban al resto de las instalaciones se cerraron con llave: se despidió a todas las enfermeras y todo el personal de apoyo locales, desde los cocineros hasta los conserjes. Benjamin había reunido a sus empleados americanos en unas cuantas habitaciones de la otra punta del edificio. Después volvió a su sitio al lado de la cama de Helen, para ayudar a las enfermeras y doncellas que se había traído de Nueva York. Pero había poco que hacer, dado que Helen estaba fuertemente sedada. Benjamin había establecido la dosis que, basándose en su experiencia previa, le parecía la más fuerte dentro de los parámetros seguros. Cuando la habían traído de vuelta, había sido imposible calmarla. Oyendo su desesperada mezcla de alemán e inglés, lo único que estaba claro era que sus palabras no podían seguir el ritmo de sus pensamientos. No permitió que nadie la tocara y, por primera vez durante su enfermedad, se mostró agresiva. Le sangraba la cara de rascarse compulsivamente, y se negó a dejar que le vendaran las heridas. La tuvieron que inmovilizar para sedarla.

Desde que habían traído a Helen de vuelta, al doctor Frahm no se le había permitido verla; ni siquiera podía pisar el Pabellón Norte. Si Benjamin ya había empezado a tomar el control de la situación al hacer las maletas y organizar el viaje a Alemania, la última tanda de incidentes había restablecido su lado más inflexible. No habría más tratamientos basados en supersticiones ni en conjeturas no cuantificables; no habría «sesiones» privadas; no habría espionaje ni habladurías; no habría nada que no le pareciera sensato a él, ni nada que escapara a su autoridad. Ahora que volvía a estar al mando, rememoró las últimas semanas, durante las cuales

había aceptado con docilidad las decisiones de su mujer enferma y se había sometido a la charlatanería de Frahm, como si fueran parte de un sueño desorganizado. Se habría marchado de Suiza de inmediato, pero el estado de Helen no le permitía viajar. Por consiguiente, mandó un mensajero a Berlín con instrucciones para sus socios de la Haber. No debían reparar en gastos ni escatimar esfuerzos para encontrar a los mejores especialistas y mandárselos —con equipamiento y suministros— de inmediato a Bad Pfäfers.

Durante la mayor parte del día, Helen parecía flotar boca arriba, sumergida a medias en la inconsciencia, murmurando para sus adentros. Parecía que le hubieran quedado los ojos abiertos por accidente. Al final se le terminaban cerrando, poco a poco, y se iba adormilando, sin dejar de murmurar, hasta caer dormida por un instante. Siempre se despertaba ahogando una exclamación, como si se hubiera quedado sin aire en su oscuridad interior y hubiera subido pataleando hasta la superficie para regresar al mundo. En vez de concederle reposo, su estupor narcotizado solo parecía intensificar su cansancio extremo. Su cara apenas era visible bajo la máscara inflada de los medicamentos, salpicada por las ampollas y las escamas del eccema. Las compresas solo le proporcionaban un alivio temporal. Benjamin entendía que todo aquello —su confusión, su deterioro físico— se arreglaría cuando llegara la ayuda de Berlín. Lo que lo angustiaba, y sabía que ya no se lo podría quitar nunca más de la cabeza, eran las muñecas de Helen. Su mujer se quitaba las compresas de la cara y se rascaba las costras con gran violencia hasta arrancárselas, como si estuviera escarbando para llegar a su interior. Las enfermeras le ponían guantes y trataban de limitar sus movimientos con sábanas bien prietas y fajas improvisadas, pero no servía de nada. Al final, Benjamin desgarró uno de los camiones de Helen y, tragándose las lágrimas, le ató las muñecas a la barandilla de la cama con los jirones de seda. Cada vez que se despertaba y veía sus ataduras, Helen se mostraba primero sorprendida, después furiosa y por fin inconsolable. En cuanto conseguía tranquilizarse, empezaba a mascullar hasta quedarse adormilada y el ciclo empezaba de nuevo.

El tiempo apenas hacía mella en aquella monotonía incansable. Las únicas huellas que dejaba el paso de los días eran los indicios acumulados

de abandono, consecuencia del encierro de Benjamin. A fin de optimizar sus recursos limitados, las doncellas americanas trasladaban en silla de ruedas a Helen a una habitación nueva cada día, dejando atrás sábanas, vendas y palanganas sucias. Los choferes hacían trayectos diarios a las aldeas vecinas en busca de frutas y hortalizas, lácteos y otros productos esenciales. Pero Benjamin apenas comía. Por primera vez en su vida, se dejó barba. La odiaba, pero de alguna manera pensaba que debía estar allí. Era una especie de calendario. Se la afeitaría cuando llegaran los alemanes.

Y los alemanes llegaron. Benjamin salió a recibir al pequeño convoy: dos camiones de color gris pizarra y un sedán negro. Los camiones contenían suministros, equipamiento médico y a seis enfermeras; del sedán salió el doctor Aftus. Mientras las enfermeras descargaban las cajas y baúles y los metían en el edificio, Benjamin llevó al médico a su habitación. Después de unos cuantos comentarios corteses, el doctor Aftus le entregó a Benjamin una carta firmada por los miembros del consejo de administración de Productos Farmacéuticos Haber.

Estimado señor Rask:

Confiamos en que esta misiva lo encuentre bien de salud.

Nos alegramos de presentarle en esta carta al doctor Ladislav Aftus. Como podrá apreciar en su curriculum vitae (adjunto), viene avalado por las mejores credenciales académicas.

La actual línea de investigación del doctor Aftus se centra en el uso del pentilenotetrazol para tratar la esquizofrenia. Este fármaco es conocido por sus beneficios como estimulante que afecta a ciertos trastornos respiratorios y circulatorios. Pero el doctor Aftus le ha encontrado aplicaciones nuevas. Después de una meticulosa investigación estadística, el doctor Aftus ha descubierto que la epilepsia es antagónica a y prácticamente incompatible con la esquizofrenia. Y ha concluido que la concentración elevada de células gliales en los cerebros epilépticos debe de ser la causa de la baja incidencia de esquizofrenia. También ha concluido que inducir de forma artificial ataques epilépticos aumenta la presencia de glía en el cerebro esquizofrénico, y por tanto lo cura. Y se ha dado cuenta de que puede inducir esas convulsiones por medio de un compuesto especial

basado en el pentilenotetrazol, que, usado en dosis grandes, provoca convulsiones parecidas a las del gran mal. Nuestros experimentos clínicos, llevados a cabo recientemente en una clínica psiquiátrica de Budapest, han mostrado un alto índice de éxitos.

La terapia convulsiva, que Productos Farmacéuticos Haber está en pleno proceso de patentar, es el futuro de la psiquiatría. Y creemos que la señora Rask es la candidata ideal para recibirla. Como es natural, el doctor Aftus le podrá suministrar todos los detalles mejor que nosotros y responder a cualquier preocupación que usted tenga.

Nuestros pensamientos están con usted y su mujer durante estos momentos difíciles.

Un cordial saludo,

LORENZ RANTZAU
WILHELM VON BÜLTZINGSLÖWEN
DIETER ELZ
JULIUS BIRK
REINHARDT LIEBEZEIT



Hubo un periodo de espera en el que a Helen le volvieron a quitar los sedantes para que el doctor Aftus pudiera ver «el pleno florecimiento» de sus síntomas. Durante aquel tiempo, Aftus y Rask tuvieron ocasión de conocerse. Quizás porque había recibido instrucciones del consejo directivo de Productos Farmacéuticos Haber para mostrarse especialmente atento con su inversor principal, el doctor Aftus estuvo a su disposición en todo momento para contestar preguntas y discutir en detalle hasta el último aspecto del tratamiento. Benjamin se quedó encantado del contraste con el esquivo doctor Frahm y su críptica palabrería. Comía siempre con Aftus y escuchaba sus explicaciones acerca de la composición química del fármaco y su metabolismo. En su inglés fluido pero laborioso y falsamente patricio, el doctor Aftus habló a Benjamin de sus primeros experimentos con alcanfor y le explicó que había abandonado aquel convulsivo por su acción lenta, que resultaba aterradora tanto para los pacientes como para los médicos. Su nuevo compuesto era rápido y por tanto más humano, un aspecto central de aquel procedimiento en concreto y de su filosofía médica en general. A Benjamin lo impresionó aquel énfasis en la compasión y la amabilidad, ya que le recordó al ardor ético con el que Helen se había dedicado antaño al desarrollo de nuevas terapias psiquiátricas. El doctor Aftus también le ofreció estadísticas exhaustivas de sus experimentos clínicos y le suministró tablas, gráficas y diagramas. Aquellos cálculos derivados de datos empíricos —aquellas cifras— infundieron en Benjamin una sensación de seguridad: se trataba de un tratamiento basado en la observación, la experimentación y las leyes inflexibles de la naturaleza, un trabajo científico que se podía medir con estándares objetivos.

Llegó el día de la primera inyección y Benjamin se quedó desconcertado cuando se le negó el acceso a la habitación de Helen. Pidió a una de las enfermeras que fuera a buscar al doctor Aftus. Al cabo de unos minutos, estaban conversando en voz baja en una de las salas vecinas vacías. Antes de que Benjamin pudiera decir nada, Aftus le presentó una súplica levantando las manos y cerrando los ojos. No le había querido comentar aquello antes al señor Rask, pero las convulsiones no eran un espectáculo fácil de presenciar, sobre todo para un profano. Sería deplorable que ver la parte más desagradable del tratamiento lo llevara a cuestionar sus enormes beneficios. Y por encima de todo, ¿no sería razonable ahorrarle a la señora Rask la ansiedad y la preocupación de su marido? El procedimiento sería breve, y el señor Rask podría visitarla en cuanto se terminara y su mujer hubiera descansado.

Benjamin se pasó la mañana supervisando los detalles relativos al viaje de vuelta a los Estados Unidos. El doctor Aftus le había garantizado que se podrían marchar pronto, posiblemente en menos de diez días. El efecto de su terapia convulsiva era casi instantáneo. La señora Rask estaría débil, sí, pero el doctor Aftus se había ofrecido voluntario para acompañarlos y cuidar de ella durante el viaje a través del Atlántico, y también para continuar el tratamiento en Nueva York, ya en la comodidad de su hogar. Nada podía complacer más a Benjamin. Estaba ansioso por regresar a su oficina y volver a hacerse cargo de sus negocios. Entre sus muchos proyectos, el más importante era una absorción completa de Productos Farmacéuticos Haber, que, a la vista de los hallazgos revolucionarios del doctor Aftus, parecía una inversión de lo más prometedora.

Una enfermera llamó a la puerta, anunció que la señora Rask estaba lista para recibirlo y se marchó. Mientras se ajustaba la corbata, Benjamin se dio cuenta de que todavía llevaba la barba. Se quitó la camisa y se afeitó para su mujer.

El señor Aftus se reunió con él en el pasillo y le hizo un breve informe mientras caminaban hasta la habitación de Helen. Su mujer había reaccionado de forma más que favorable al tratamiento. Habían empezado con una dosis baja para medir su tolerancia. Había sido un éxito tan grande que ahora se estaba planteando aumentar la dosis considerablemente para

aprovechar al máximo cada sesión y acortar el proceso. Cuando llegaron al cuarto, Aftus hizo una pausa antes de girar el pomo. El señor Rask debía tener en cuenta que su mujer estaría bajo los efectos del fenobarbital, que se usaba para controlar los ataques epilépticos, y por tanto algo confusa. Quizás ni siquiera pudiera hablar. Y por encima de todo, debía recordar lo que le habían dicho en numerosas ocasiones: que la terapia convulsiva se basaba en el *shock*, y que por tanto la señora Rask, en fin, había recibido un *shock*.

Benjamin se acercó a la cama con cautela reverente. Helen miraba la pared. El pecho le subía y le bajaba débilmente y un poco demasiado deprisa. Benjamin hizo un poco de ruido con los zapatos sobre las baldosas, intentando anunciarse. Helen se volvió hacia él. Su cara era una ruina desolada. Una cosa rota y abandonada, agotada de ser. Sus ojos no miraban a Benjamin, sino que parecían estar allí solo para que su marido pudiera asomarse a los escombros de su interior. Él se inclinó sobre ella, le besó la frente chamuscada y le dijo que había sido muy valiente y lo había hecho muy bien. Confió en estar sonriendo.



Un vacío sin sonido. Nadie, en aquel mutismo hermético, se atrevía a perturbar la postración silenciosa de Helen. Como no hablaba, todo el mundo guardaba silencio; como no se movía, todo el mundo permanecía inmóvil. Las enfermeras y las doncellas se convirtieron en sombras blancas. Benjamin tomaba sus frugales comidas a solas en su habitación, donde pasaba todo su tiempo. Los sonidos que llegaban flotando por el aire desde las demás partes del Instituto tenían un tono subacuático: los pacientes que bromeaban en idiomas distintos de camino a los baños termales, el retumbar de los pies coordinados que seguían a un instructor de calistenia, la música ocasional, el estrépito de los conserjes. El concierto disonante de la vida parecía ser interpretado a modo de provocación para los retraídos habitantes del pabellón norte y sus votos de silencio.

El doctor Aftus le había descrito a Benjamin con todo detalle (aunque no hasta que se volvió estrictamente necesario comunicárselo) las secuelas de la primera inyección de pentilenotetrazol. La explicación había sido clara e incluso brutal. También le había mencionado el hecho deplorable de que había gente en la comunidad médica que confundía su tratamiento con un acto punitivo de violencia contra el demente: tal era la intensidad de esas convulsiones que, por desgracia, resultaban esenciales para su terapia. Aun así, nada de lo que le pudieran haber contado a Benjamin lo habría preparado para el estado de trance catatónico en el que se encontró a Helen después de su primera sesión. Nunca se había negado a afrontar ninguna de las facetas de su mujer, por dolorosas o confusas que le resultaran. Había mirado a los ojos a la tierna falta de amor que había mostrado por él durante todo su matrimonio; había presenciado cómo se apartaba de él para

acercarse a sus escritores y músicos; había hecho frente sin pestañear al nuevo yo de Helen, poseído y desfigurado por la enfermedad. Pero aquel cadáver viviente que había quedado después del tratamiento era más de lo que podía soportar. Aquella ausencia —pese al hecho de estar, físicamente, allí— era la encarnación más siniestra y literal del miedo de Benjamin a que Helen lo abandonara. Apenas lo consolaba el hecho de que el doctor Aftus hubiera predicho el estado actual de su mujer y le hubiera asegurado que aquella era la reacción estándar y esperada a la terapia convulsiva, una reacción que, en el futuro, sería considerada «de libro de texto». Por lo general hacían falta tres inyecciones para ver unos resultados claros, que, según le volvió a garantizar, eran prácticamente milagrosos. Tal como le solía decir, sería como si Helen se despertara de repente de un largo sueño. A veces incluso podía percibirse una ligera mejora con la segunda inyección. Desconsolado, pero con su fe en Aftus intacta, Benjamin autorizó la sesión siguiente.

Benjamin esperó en un banco situado junto a la entrada principal del edificio. Una débil media luna hacía una muesca en el cielo diurno; las murallas de los Alpes parecían más formidables; el aire enrarecido y eléctrico lo mareaba. A excepción de sus años de estudiante, nunca había pasado tanto tiempo lejos de Nueva York. Estaba cansado de sentirse extranjero: cansado de la naturaleza, de Suiza, de la ociosidad, de los médicos, de recibir explicaciones y de someterse a aquellas explicaciones a la vez que las negaba. Saber que estaría de camino a casa dentro de aproximadamente una semana lo hacía todavía más intolerante a su entorno. Volvió a levantar la vista, ofendido, para mirar aquella luna fuera de lugar.

Se abrió la puerta y salió una de las enfermeras americanas, dando tumbos y sollozando. Se detuvo de golpe y se inclinó hacia delante, apoyando las palmas de las manos en las rodillas, llorando y tratando de recobrar el aliento. Estaba negando con la cabeza, diciéndole que no al suelo, cuando lo divisó. Benjamin habría podido jurar que, en el mismo instante en que la mujer se impuso a su sorpresa y su vergüenza, hubo un centelleo de odio en sus ojos. Pero todo había pasado demasiado deprisa. Casi de inmediato, la mujer le dio la espalda y se marchó corriendo a los

aposentos de las enfermeras. Poco después Benjamin fue convocado a la habitación de Helen.

Llevaba dos días sin ver a su esposa. Se detuvo frente a la puerta, preguntándose si quizás debería esperar a la inyección siguiente y a la mejoría que supuestamente había de acompañarla. Por fin entró. Al abrir la puerta esta vez, se encontró a Helen sentada en cama y apoyada en unas almohadas, de cara a él. ¿Había un tenue matiz de triunfo en sus rasgos agotados? Sin quererlo, pensó que aquella debía de ser la expresión que tenían las mujeres después de dar a luz. ¿Vio también un asomo de sonrisa? Se adentró unos pasos en la habitación y, sin duda, vio que su mujer articulaba su nombre en silencio. De rodillas junto a la cama, la abrazó (clavícula, omóplato, columna) y lloró, creyendo, por primera vez desde que la enfermedad la había reclamado, que se iba a curar.

Durante los tres días siguientes, Helen permaneció inmóvil y callada. Su silencio tenía algo incuestionable, muy parecido a la mudez de los animales. Aun así, Benjamin no albergaba dudas sobre su mejoría. Incluso en pleno agotamiento aturdido, su mujer se encontraba más presente, y aunque no interactuara de forma plena con su entorno, por lo menos era tenuemente consciente de él. Durante sus breves horas de visita —el doctor Aftus era inflexible en su exigencia de descanso—, Helen miraba a Benjamin, daba la impresión de reconocerlo y hasta parecía transmitirle indicios tenues de afecto con la mirada. Cuando cerraba los ojos para descansar, le daba un apretón suave en la mano, como si se despidiera de él durante un rato.

La mayor parte de sus pertenencias ya habían sido empaquetadas y enviadas en camiones de alquiler mientras les preparaban la casa de Nueva York para Helen según las especificaciones del doctor Aftus. Ahora que su fe en la recuperación de su esposa había quedado plenamente restablecida, la atención de Benjamin regresó a su trabajo. Aunque carecía de información de fuentes directas (todavía sufría la ignominia de tener que leer periódicos), veía muchas oportunidades en la remodelación de las prácticas financieras que tenía lugar en los Estados Unidos. Era el momento perfecto para introducirse en el nuevo orden que estaba surgiendo después del crac. Y por supuesto, seguía adelante con la adquisición de Productos

Farmacéuticos Haber. Ya había mandado un mensajero a Berlín con una carta donde manifestaba sus intenciones.

Benjamin no era un hombre supersticioso, pero en la tarde de la tercera inyección de Helen, la última antes de su partida, regresó a su sitio en el banco de al lado de la entrada. Después de tantas semanas de inactividad, le complació experimentar aquella contracción del tiempo que tenía lugar cuando se perdía en el trabajo. Si se lo hubieran preguntado, habría sido incapaz de decir con exactitud en qué pensaba durante aquellos momentos, y sin embargo su proceso mental tenía una claridad imposible de traducir. Durante aquel ensimismamiento distraído que precedía a todas sus grandes ideas empresariales, era como si sus sentidos perdieran de vista el mundo. Incluso su yo se disolvía en la corriente de pensamientos impersonales. Por aquella razón no aceptó de inmediato la presencia del doctor Aftus, pese a que sus ojos lo habían visto acercarse con pasos lentos. Solo cuando se sentó al lado de Benjamin adquirió Aftus la solidez de lo real.

El doctor Aftus juntó las palmas de las manos, asegurándose de que cada dedo fuera un reflejo exacto del otro. Luego separó las manos, respiró hondo y dijo que había ocasiones en que los números y las estadísticas no significaban nada: todas las pérdidas eran absolutas y ni los triunfos del pasado ni los del futuro las podían mitigar.

Benjamin parpadeó en respuesta las palabras del médico.

Después de otro suspiro, el doctor Aftus añadió que el corazón de la señora Rask, que tan bien había respondido hasta entonces, le había fallado. Era consciente de que su pésame siempre sería insuficiente y, por supuesto, estaba a la disposición del señor Rask si este decidía emprender una investigación judicial.

Las montañas, el suelo y el cuerpo de Benjamin quedaron despojados de sustancia y de peso. Todo era hueco.

No se levantó: el planeta se hundió.

Benjamin entró en el edificio y tomó el pasillo que llevaba a la habitación de Helen, sorprendido de ver que sus pies se movían y que su mano giraba el pomo.

Las enfermeras se quedaron petrificadas. Benjamin se acercó a la cama. Ellas se apartaron.

Retiró la sábana como si fuera la piel de una fruta delicada. No había señal alguna de descanso en la cara de Helen. Todo el dolor había quedado sellado en su interior. Su cuerpo parecía distorsionado. Benjamin dio un paso atrás, intentando corregir mentalmente su postura.

Alguien mencionó su clavícula. Benjamin se volvió. Era la enfermera americana que había salido del edificio corriendo y llorando hacía unos días. Dijo que las convulsiones de la señora Rask habían sido tan violentas que se había roto la clavícula.



Cuando Benjamin regresó a Nueva York, ya era demasiado tarde para pésames, mensajes de condolencias y memoriales. Pocos se atrevían a hablar con él; menos todavía tenían valor para darle consejos. Quienes se los daban le dijeron invariablemente que debería vender la casa: estaba abarrotada de recuerdos, y nadie querría vivir con tantos fantasmas, por muy amables o cariñosos que fueran. Él jamás se molestaba en responder. Había dejado intactas todas las habitaciones. No como en un museo. No como si estuviera esperando, desquiciado por el dolor, a que sucediera algo milagroso en ellas. De hecho, casi nunca se aventuraba fuera de su cuarto y su oficina. Las habitaciones habían sido preservadas simplemente porque, sin ellas, el universo sería un lugar más pobre. En su estado actual, contenía las habitaciones de Helen.

La casa, sin embargo, no estaba entre los pensamientos más destacados de Benjamin. Si algo reflejaba su dolor, era el celo redoblado con el que había vuelto a su trabajo. Intentó realizar una de sus discretas pero decisivas intervenciones en el mercado, centrándose principalmente en la manipulación de la moneda. Después de la Ley Bancaria de Emergencia, la Reserva Federal había impreso grandes volúmenes de dinero para satisfacer cualquier demanda posible después del pánico bancario de 1933. De forma casi simultánea, el gobierno había suspendido el estándar del oro, dejando que el dólar flotara sobre los mercados extranjeros. Haciendo uso de las enormes reservas de oro que tenía por el mundo (y en previsión de órdenes ejecutivas que regularan su comercio), Rask hizo una fuerte apuesta contra el dólar, dando por sentado que este se devaluaría como resultado de las cantidades ingentes de moneda que estaba emitiendo el gobierno. Realizó

una gran inversión en la libra esterlina, el Reichsmark y monedas más lejanas, como el yen. Por un momento, los mercados respondieron a su influencia. Con el tiempo, sin embargo, la economía reaccionó favorablemente al paquete de políticas gubernamentales, y el beneficio de Benjamin fue solo marginal. También decidió que el New Deal estaba condenado al fracaso, y que Wall Street se resentiría de la serie de regulaciones introducidas en la Ley de Valores. Basándose en esas intuiciones, decidió repetir su jugada de 1929 y orquestar posiciones cortas a una escala gigantesca. En mitad de sus maniobras, tuvo que reconocer que se equivocaba. El mercado estaba respondiendo bien a las acciones gubernamentales, y Benjamin se vio obligado a dar marcha atrás. Sus pérdidas monetarias no fueron tan grandes como el perjuicio que sufrió su reputación. Se decía en Wall Street que sus especulaciones con la moneda habían ido desencaminadas desde el principio, y que su intento fallido de golpe a la bolsa, emprendido a imitación de su éxito anterior, demostraba que solo tenía un truco viejo en la chistera. El público general —o por lo menos el lector medio de la sección de finanzas del periódico— se indignó al ver al señor Rask apostar contra la recuperación del país.

Durante aquel tiempo, la señora Brevoort hizo gala de un dolor exuberante, explorando todas las posibilidades sociales del luto. Encontró un brillo insospechado en los tonos más intensos del negro y se aseguró de rodearse de plañideras a fin de resaltar su propia versión arrogante del duelo, que ella calificaba de «decoroso». No es improbable que tras aquel espectáculo ligeramente bufonesco de pesar que representaba para su círculo de allegados sintiera un dolor genuino. Hay gente que en ciertas circunstancias esconde sus emociones verdaderas detrás de la exageración y la hipérbole, sin darse cuenta de que su caricatura amplificada revela la medida exacta de los sentimientos que pretende ocultar.

Inmediatamente después del regreso de Benjamin, se dedicó a ir a visitarlo a diario, sin importarle si estaba o no. Organizaba las cosas de la casa, tiranizaba al servicio y se daba aires de estar a cargo de todo. Rask, sin embargo, permanecía empantanado en el trabajo, ciego a las exhibiciones de la señora Brevoort y casi nunca disponible para ella. En el curso de las pocas conversaciones que tuvieron en aquel periodo, la señora Brevoort le

insinuó más de una vez la posibilidad de irse a vivir a la casa: a Benjamin le irían bien la comodidad y la compañía que solo le podía ofrecer alguien próximo a Helen, alguien que la hubiera conocido y que lo entendiera a él. Benjamin nunca se dio por enterado de aquellas insinuaciones. La señora Brevoort y Benjamin no tardaron en distanciarse, hasta que su única conexión fueron las facturas que ella no paraba de mandarle a su oficina.

Con el paso del tiempo, Benjamin tuvo que admitir un hecho aterrador: la muerte de Helen no había alterado su vida. No había cambiado nada sustancial: la diferencia solo era de grado. Su luto simplemente era una expresión radical de su matrimonio: ambos eran el resultado de una combinación perversa de amor y distancia. En vida de Helen, Benjamin había sido incapaz de salvar el abismo que los separaba. Aquel fracaso nunca se había convertido en resentimiento, ni tampoco le había impedido buscar nuevos puentes. Ahora, en cambio, por mucho que su amor siguiera siendo el mismo, aquella distancia se había vuelto absoluta.

Seguía financiando las organizaciones benéficas de Helen y recurrentemente patrocinaba orquestas, bibliotecas y fundaciones para las artes. Asociado a donaciones y becas, el nombre propio de ella se volvió sinónimo de excelencia: «una Helen» era uno de los honores más prestigiosos a los que podían aspirar compositores o escritores, y eso complacía inmensamente a Benjamin. La obra benéfica de su mujer asociada a la investigación de nuevos métodos psiquiátricos, sin embargo, fue interrumpida. Era un mundo que Benjamin no quería visitar. Aunque al final no compró Productos Farmacéuticos Haber, sí que conservó sus participaciones en la empresa: sus sentimientos nunca le habían nublado el juicio a la hora de tomar decisiones empresariales, y aquella no era una excepción. Pese al fracaso del doctor Aftus, Benjamin seguía creyendo que la Haber era una inversión beneficiosa, y ciertamente generaba unas ganancias tan regulares como impresionantes. La terapia convulsiva allanó el terreno para lo que al cabo de unos años se convertiría en la terapia de electroshock. Para entonces, sin embargo, Benjamin ya había apartado a la Haber de la farmacia (y la había despojado de las dos primeras palabras de su nombre) para dedicarla a la industria química y a la consecución de contratos gubernamentales en distintos países.

Si Benjamin se hubiera contentado con hacer una gestión conservadora de su patrimonio, aun así su fortuna habría sido comparable con la economía de un país pequeño. Pero en los años que siguieron a la muerte de Helen, su fascinación por las genealogías incestuosas del dinero —capital que engendraba capital que engendraba capital— permaneció inalterada. Aún era un inversor eficaz, y de vez en cuando tenía algún arranque creativo. Aun así, pese al crecimiento continuo de su cartera de acciones, reinaba la percepción generalizada de que se encontraba en franco declive, de que sus métodos tenían algo rancio. Nada se acercaba a los márgenes de su era dorada. A fin de cuentas, todo el mundo estaba de acuerdo en que no hacía falta un gran talento para ganar dinero teniendo tanto. Algunos lo creían desconectado de la nueva realidad política. Otros pensaban que nunca se había recuperado de la pérdida de su mujer. Muchos decían que simplemente era viejo. Pero la mayoría se mostraban de acuerdo en una cosa: había perdido su magia. Su aura mística se había desvanecido. Había desaparecido el genio que encontró beneficios allí donde todo el mundo encontró la ruina. La impresión general era que se había terminado la era de Benjamin Rask.

Aun así, seguía igual de comprometido con sus negocios que siempre. Y sus últimos años se parecieron bastante a los primeros, cuando empezó a operar en la casa de sus padres en la calle 17 Oeste. Lo único que hacía era trabajar y dormir, a menudo en el mismo sitio. No le interesaba el entretenimiento. Solo hablaba cuando era necesario. No tenía amigos ni distracciones. Aparte de un cuerpo más lento y de algunas dolencias menores, quizás solo existiera una diferencia sustancial entre el Benjamin de antaño y la persona en que se había convertido ahora: de joven había creído que renunciaría a todo por su vocación, mientras que de mayor estaba convencido de haberle dado una oportunidad a la vida.